

El Inquieto Anacobero

Confesiones de

Daniel Santos

a Héctor Mujica



El Inquieto Anacobero

1.^a ed., Editorial Cejota, 1982

1.^a ed., Fundación Editorial El perro y la rana, 2019

© Héctor Mujica

© Fundación Editorial El perro y la rana

Imagen de portada

Daniel Santos en El Silencio, Caracas (s/f)

Edición

Alejandro Moreno

Corrección

Erika Palomino Camargo

Diagramación e ilustración de colofón

Armando Rodríguez

Repertorio esencial de Daniel Santos

Luis Ugueto

Hecho el Depósito de Ley

ISBN: 978-980-14-4594-4

Depósito legal: DC2019001625

Mujica, Héctor, 1927.

El Inquieto Anacobero: confesiones de Daniel Santos a Héctor Mujica.

-- 1a. ed. -- Caracas : Fundación Editorial El perro y la rana, 2019.

-- 123 p. -- (Colección Memoria)

ISBN: 9789801445944

DL: DC2019001625

1. Santos, Daniel, 1916-1993 - Entrevistas. I. Título. II. Serie.

784.092

S237

IMPRESO EN LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

El Inquieto Anacobero

Confesiones de Daniel Santos
a Héctor Mujica

Son estas las cosas de mi vida de Inquieto Anacobero itinerante, trashumante, andador, viajero impenitente, caminador y noctámbulo, noctívago de puertos y lunas y palmeras y playas y alcobas hoteleras, las que han hecho de mi vida un constante atrapamoscas de chulos, malparidos, traficantes y tratantes, guapetones de barrio y de bares, malencarados y guardaespaldas, de policías y de políticos, politicastros, más bien, como los que conocí en aquella Habana y aquella desgraciada ciudad de “Trujillo”; en la costa atlántica colombiana, en Caracas, en todo el Caribe, y en mi viejo San Juan.

Y dedico:

A mi madre por haberme parido.

A mi padre por su constancia.

A don Pedro Flores, porque me enseñó a cantar para mis pueblos.

*A los pueblos latinoamericanos por haberme soportado
tantos lustros en sus corazones.*

*Y a mi Puerto Rico querido, mi patria entregada
por los traficantes del honor y del dolor.*

Proloquium

¿Quién no ha visto a Linda? ¿Quién, en el Caribe y América Central, en las Antillas o en el macizo andino, desde Chile hasta las estribaciones de la cordillera de Los Andes, en el distrito Morán del estado Lara, Venezuela, donde se hable español y aún en las angloparlantes; en las rocolas que se desparrraman a lo largo de empinadas y angostas carreteras, o escondidas a la vera de los caminos, numeradas, las más de las veces, con el del kilómetro correspondiente, no ha oído las canciones de el Inquieto Anacobero, Daniel Santos, puertorriqueño por los cuatro costados, con un nacionalismo tan acendrado como su bohemia?

¿Quién no ha oído la voz de este cantante popular, compositor que *oye* sus melodías entre las palmeras del mar, los vientos huracanados de las islas del Caribe, o entre las luces embriagantes de bares y cabarets?

¿Quién no ha tarareado, quién que frise en los cincuenta o esté en los *sin cuenta*, y aún quien pertenezca a la generación de los 30, los 40, y mucho jovencito también, de quienes se inician en el reino de la salsa, la de los Willie Colón, los Ismael Rivera, los D'León, los Pedro Navaja Blades de Centroamérica y el Caribe, no se ha sentido atraído por la voz de este hombre

que ya pasó la raya de los 66 y se confiesa de 43, “mil mujeres, pero solo siete esposas”¹...

—¿Y de sus siete matrimonios y mil mujeres, cuántos hijos tiene?

—Como unos doce.

—¿Ya es abuelo?

—No, qué va, soy muy joven para eso... La verdad es que tengo como unos cinco.

—¿Y alguno de sus hijos o sus nietos es cantante?

—Ninguno.

—¿Daniel Santos muere con usted?

—Sí, qué voy a hacer.²

Así lo dijo Daniel, el Inquieto Anacobero, en Caracas. Ahora, con más reposo y serenidad que la violencia e intemperancia de los años mozos, cuando fue calificado como el chico más malo del mundo, ha podido rehacer su vida en largas conversaciones grabadas en cassettes, auténticos monólogos, muchos de ellos transcritos a máquina por su séptima esposa, y garabatear unos cuadernos con una extraña caligrafía que el propio Champolión habría tenido dificultades para descifrar, en una pequeña granja de Ocala, en el estado de Florida, Estados Unidos.

¿Quién no recuerda “Virgen de medianoche”, “Perdón”, y quién, entre whisky y whisky, en una noche de bar, de barra y de parranda, no tararea aquello de “Preso estoy y estoy cumpliendo mi condena, la condena que me da la sociedad”...? ¿Y quién, finalmente, no intentó alguna vez en una serenata provinciana “La despedida”?

Acaso este libro, que al comienzo Daniel quiso titular *Mi vida*, a pesar de que le observé que así se llaman las

1 Se divorció de la séptima, venezolana, en marzo de 1982.

2 E. A. Moreno Uribe (En: *El Diario de Caracas*, 12-12-81).

autobiografías de León Trotsky e Isadora Duncan, sea también su despedida, su adiós a las presentaciones en clubes nocturnos, cabarets, discotecas, a todo lo largo de su Caribe tan suyo, tan azul cuan profunda la impronta de estas aguas, estas playas, estas palmeras, estos rones, estas caderas, estos insomnios, estas amanecidas, estos amaneceres de atardecer, estos zapatos de charol, estas camisas pintarrajeadas, estos calzados de dos tonos de las postrimerías de los años 40, estas camisas de faralaos y aquellos números de teléfonos escritos furtivamente en servilletas de papel, en un rincón de penumbra del gran salón, dejaron en este cantante-compositor, cantautor, que inundó al mundo con su voz y con la gracia de don Pedro Flores y la Sonora Matancera.

Y quizá también, cuando lea este libro impreso, dejará una sola lágrima vertida sobre el papel como despedida cierta y final de toda una vida que estuvo siempre en pos de la canción para sus semejantes y para la “causa de toda su vida”, la independencia de Puerto Rico.

Cuando se me llamó para ofrecerme este quehacer literario, este trabajo tan difícil como es interpretar la letra y el contenido de la vida de los otros, no vacilé un solo instante.

—Sí —dije.

Porque era un sí, una afirmación para Puerto Rico, “jíbara encadenada al mar oscuro”, según nos lo dejó escrito nuestro gran poeta Aquiles Nazoa, y un apretón de manos para quien nos emocionó, en plena Segunda Guerra Mundial con “La despedida”.

Caracas, 20 de diciembre de 1981

HÉCTOR MUJICA
LOS PALOS GRANDES

{ El hijo de don Rose }

A los tres años de haberse casado con María Betancourt, Rosendo Santos, del barrio de Trastalleres en San Juan, a quien llamaremos, en adelante don Rose, el carpintero, la fortuna le deparó un hijo varón, “un muchacho macho”, según el texto de Daniel, el 6 de junio de 1916, y sabría lo que es un recién nacido llorón, con unos pulmones que todo el vecindario le envidió, pues como no había receptores de radio, ni gramófonos, ni mucho menos los sofisticados sistemas de sonido que hoy pueblan todas las ciudades latinoamericanas, desde que la industria electrónica japonesa inundó los mercados del mundo, los gritos se podían escuchar en una manzana a la redonda.

Debió llamarse Doroteo, según el calendario y el santoral, pero don Rose tuvo la inteligencia de bautizarlo como Daniel, porque ¿imaginan ustedes a Doroteo Santos cantando “La despedida”?

Y tenía que ser cantante, pues que en ese año de 1916 es cuando Matos Rodríguez da a conocer al mundo “La cumparsita”, conocida hasta en Tailandia y Japón. El mismo año en que Pedro Elías Gutiérrez componía el joropo “Alma Llanera”, de mayor suerte que el “Marisela” de Pérez Díaz, y según la docta opinión del maestro Vicente Emilio Sojo, copia de este. En todo caso, nació Daniel Santos bajo el signo de “La cumparsita” y de “Alma llanera”, entre el austro y el septentrion de América del Sur, y bajo el signo de Géminis (21 de mayo a 21 de junio), hecho que, según una

quiromántica y adivina puertorriqueña en Nueva York, habría de acarrearle serios conflictos en el corazón, tal y como lo demuestran sus mil amores y sus siete matrimonios.

Hacia 18 años que Estados Unidos, el imperio del “destino manifiesto”, había liquidado el Imperio español con las preseas de Filipinas, Cuba y su Puerto Rico, últimos vestigios de España en América y Asia. Y es el año en que los marines de la Armada norteamericana ocupan por vez primera Santo Domingo (la última vez lo harían en 1965 contra el levantamiento constitucionalista del coronel Caamaño Deñó), asumen el protectorado de Haití y ocupan el territorio de Veracruz, en México; año también de la guerra de Pancho Villa contra Carranza, del asesinato del monje loco Rasputín en la podrida corte de San Petersburgo, de la fundación de la Liga Espartaco en Alemania, por Rosa Luxemburgo y K. Liebhknech, de la batalla de Verdún y de la publicación de la Teoría de la Relatividad generalizada por Albert Einstein.

Fue el año –año de ratas, repitiéndolo con Neruda– en que el papa Benedicto XV confiere, en su primera clase, la Orden Piana a Juan Vicente (Bisonte) Gómez, el de Venezuela.

Y aquí habla Daniel Santos

Trastalleres, el barrio donde ocurría el alumbramiento, era un barrio pobrísimo de Santurce, parte del Distrito de San Juan, la capital de Puerto Rico. A esa hora eran sus calles de tierras silenciosas, mal alumbradas y un algo peligrosas. Como todo barrio pobre del mundo, era un foco de delincuencia, pero entre todo esto había gente buena, trabajadora y cristiana. La señora Santos, María, era costurera y ama de casa. Su esposo Rosendo era carpintero, un poco mujeriego, mas también un hombre de iglesia en esos tiempos. Era natural de Juncos y ella del pueblo Trujillo Alto, sección Dos Bocas.

El niño Daniel, quien según el santoral debía llamarse Doroteo, tiene que agradecerle a don Rosendo el nombre de Daniel. A los seis meses dio su primer viaje a la ciudad de San Lorenzo. Don Rosendo recordaba una anécdota de ese tiempo. El niño lloraba muchísimo y escandalosamente, poniendo sus gritos en el cielo. Fue cuando su padre dijo a su mujer:

“—María, ¡qué mucho grita ese muchacho! Me parece que va a ser cantante”— cosa que se comprobaría años después.

También recordaba don Rose que al niño lo dejaron solo un día en el suelo, con muchos papeles para que se entretuviera. Cuando regresaron, lo hallaron empapado en mierda de su propia cosecha, comiéndosela... ¿Llegaría a ser un comemierda?

Aproximadamente a los cinco años empieza a conocer el abecedario con la maestra del barrio, una anciana llamada doña Ana. A los seis ingresó en la Escuela Pública de Las Palmitas, un sector del barrio con arena blanca y un sol a plomo. Daniel estudiaba, pero también se la pasaba mirando por la ventana y pensando “cómo me gustaría estar ahí en el sol volando mi chiringa”³.

Sonaba la campana al término de la clase, y en la puerta de la escuela Daniel se quitaba los zapatos, se los lanzaba ventana adentro e iba en busca de su chiringa: un toro que entre él y sus amiguitos confeccionaban de papel, engrudo y un fuerte cordón en una base de astilla de madera. Bajo el sol candente, este bronceaba a Daniel, quien como vestimenta solo usaba un pantaloncito corto, sin camisa, sin calzoncillos y sin zapatos. De 3 a 4:30 p. m., Daniel estaba en Las Palmitas, y a esa hora corría hasta su casa, donde su madre le miraba venir y le gritaba:

—¡Muchacho!, sal de ese sol que te vas a poner prieto. Deja que venga tu pai, pa’ que veas, y le daba un cogotazo. Luego le amarraba de la pata de la cama hasta que llegaba don Rose.

3 Chiringa: Papalote o papagayo.

(Don Rose venía cansado, hambriento y no quería problemas de ninguna clase, pero doña María le saludaba con esta):

—¡Santos! Tantas veces que le he pedido a Daniel que no se ponga a jugar en el sol y no me hace caso. Mira a ver que tú puedes hacer. ¡Ahí te lo tengo amarrao a la pata e' la cama!

—¡Ay, papi, no me pegues más, que no lo vuelvo a hacer... ¡Ayyyyy!

Don Rose ni caso le hacía. Le mandaba un correazo. Más en realidad era más el grito que el cantazo.

Al otro día volvía a hacer lo mismo.

Los sábados y los domingos Daniel iba al cine del barrio, al que mentaban El Meaito. Y como no había dinero para pagar la entrada, él saludaba al dueño del cine, un tal Rabóla y este lo ponía a hacer publicidad repartiendo los programas de las funciones, que Daniel doblaba en capuchinos⁴ y los lanzaba por las ventanas de los vecinos, mientras otros muchachitos tocaban un gran tambor... Lo popular de entonces eran las cómicas de Charles Chaplin, de Harold Lloyd, Ben Turpin y el primer Tarzán, Elmo Lincoln, y los episodios semanales de Mary Pickford, Douglas Fairbanks, La Pandilla y Los Peligros de Paulina.

Las lenguas de ayer son las mismas de hoy

El padre de Daniel fue un cristiano protestante, pero le gustaba el palito, su traguito de vez en cuando y, ¡sobre todo!, le gustaba ser un Don Juan entre las mujeres, ya que siempre tenía su querida escondida en otros barrios donde él presumía que su mujer no lo sabría, pero “las lenguas de ayer son las mismas de hoy”. Chismes y más chismes, doña María era una mujer de su hogar, fiel y honrada, pero muy brava en cuanto a don Rose cuando averiguaba o era enterada de que su marido tenía otra mujer y encontraba el escondite.

4 Capuchino: Cartucho, en Venezuela y otros países.

Entonces cargaba con el hijo, lo armaba de una chuela⁵ e iba con este al cuarto del marido que le había puesto a la barragana. Siempre escogía el momento en que ni su marido ni la rabiza estaban en casa, y era entonces cuando instaba a Daniel a que le ayudara a cargar con el catre —una cama de lona de las de bisagras— donde supuestamente hacía el amor con la otra. Así se dirigían al patio de su casa, donde Daniel le ayudaba a cargar con el catre, cavar una fosa no muy honda y donde rociaba el catre con gas⁶ y esperaba la llegada de don Rose comiéndose un aguacate con pan, que era su merienda preferida, de los dos, en el patio trasero de la casa.

Llegado don Santos del trabajo, María le salía al paso y le conminaba a ir a la galería, Daniel prendía un fósforo de palito de cabeza y encendía el catre, y mientras ardía, doña María imprecaba a su marido de esta guisa:

—Ese es el catre donde fulana se acostaba contigo, que yo encontré por casualidad en la calle tal y más cual, y cuando regresaba a la cocina a terminá el almuerzo (y mientras el don Juan miraba pensativo y aguardaba que doña María le llamara), doña María apenas lanzaba este grito:

—Santos, ven, que ya está la comida.

Había que ver al niño Daniel por las calles de Santurce vendiendo huevos y aguacates en compañía de su abuelo materno. También en el viejo San Juan y en Miramar, donde vivían los “blanquitos”, los ricos, a quienes el muchacho de nueve años veía con ojos entre airados y de asombro por el favor de la fortuna para tan pocos y de tanta miseria para los demás, legiones de famélicos y hambrientos que apenas podían se iban a Nueva York en procura de mejor suerte.

El muchacho vendedor cautivaba a sus clientes con una voz alta, muy sonora, con la que hacía más grato su pregón. Estudiaba el tercer grado, y cuando fue promovido al cuarto fue asignado a la

5 Chuela: Hachuela en español.

6 Gas: Kerosene.

escuela Rafael Cordero, en la parada 15 de Santurce. Es la época en que don Rose se va como polizón en la bodega de un carguero hasta Nueva York, donde obtuvo trabajo en una fábrica de automóviles. Con el poco dinero juntado, don Rosendo mandó a buscar a su familia, compuesta por la esposa, María, Daniel, Sara, Rosalilia y Lucy, que entre todos se llevaban dos años de diferencia. Por no saber la lengua, todos fueron rebajados un grado y Daniel tuvo que repetir el tercero, más al poco tiempo todos se defendían con un inglés característico. Cuando estaba en el sexto grado, en la Junior High School, ya Daniel cantaba en el coro de la escuela, y tenía sus noviecitas.

Mi primera novia se llamó Agustinita, —evoca Daniel—. La decían Anguie y lo primero que hice al saber que me quería fue tatuarme en el brazo derecho donde llevo un corazón y una cinta con las palabras *love* y Anguie. Pero aquel amor fue problemático. Un viejo negro se enamoró de la niña (tendría ella unos 12 y yo unos 13 años) y la seguía todos los días a la escuela. El “viejo” tendría unos 50 años y el muy pícaro se escondía detrás de automóviles, edificios, paredes, puertas, a fin de no ser descubierto. Un día el “perseguidor” fue el perseguido, pues yo me le fui detrás hasta que le brinqué sobre la espalda, lo tiré al suelo y le iba a partir la cara con una piedra grande, cuando llegó Agustinita y me rogó que no lo hiciera. El viejo se escabulló y Agustinita me dio sus libros para que se los llevara hasta la escuela.

Un chulo de entonces y su hermano, tan vagabundo como aquel, me enseñaron a fumar marihuana, me hice miembro de una pandilla de jóvenes vagos, tramposos y peleones a quienes los del barrio llamaban “Los Marihuaneros”. Teníamos un solar yermo donde nos congregábamos a fumar y tramar todas las ocurrencias para ver de dónde saldría el dinero para el baile del sábado en la noche. ¡Aquellos bailes sí que eran fiebres de sábado por la noche! En el billar de Antón hacíamos trampas con las cartas, velábamos a los borrachos que

salían de la cantina y les quitábamos el dinero, enamorábamos a las mujeres de la calle para que nos dieran unos pesos y nos prendíamos de las muchachas del barrio que entontecidas nos miraban como héroes y aventureros. Ya había cumplido 20 años y conocía a una mulatita linda que vivía en una casa que hacía esquina. Ella tendría unos quince, pero no podía salir de la casa y nos conformábamos con hablar por señas. Un día me tiró un papelito con este mensaje:

“Daniel, si eres hombre me llevas contigo adonde tú quieras. Estoy cansada de vivir en esta casa que más parece una cárcel.”

Mi respuesta no se hizo esperar. Se la envié con un muchachito: “Amor, te espero mañana por la mañana en la entrada del subway en la calle Schemerhorn Court St a la hora de tú ir a la escuela”, y así fue como me la llevé, pero nos encontraron y ella volvió a su casa y yo a la cárcel de Brooklyn. Fui a juicio y me salvé porque se comprobó que la criatura había sido desflorada por un marino amigo de su casa, y aunque fui sentenciado a 3 años, la sentencia me fue suspendida.

Por estos años siguieron los tragos, las canciones, las mujeres, el juego de barajas, la marihuana y una puñalada que me propinó un tipo que se quejó porque yo le había robado su dinero en una partida. Me mandó al hospital por treinta y pico de días y me puso a caminar con muletas y bastón durante un año.

10 dólares por 3 días de trabajo

En 1938 estaba cantando en un club de la 116 en Manhattan que se llamaba Los Chilenos. Me pagaban 10 dólares por tres días de trabajo más todo el vino que pudiese pasar por mi gaznate. ¡Que no era poco! Tenía de mujer, entonces, a una americana preciosa que dejó a su marido rico –¡oye, que era rico!– para irse conmigo. La había conocido en el cabaret Don Julio, donde fungí unos días de cantante y guitarrista.

Después canté en el Cuban Casino, uno de los lugares más favoritos de los latinoamericanos en Nueva York, en la calle 45 con la octava avenida. Me contrataron para cantar con la orquesta del maestro Augusto Cohen y con el conjunto alternaban un gago apodado Escalera, una artista española, Consuelo Moreno; una pareja de bailarines folklóricos mexicanos... y ya ganaba 17 dólares que no era mucho, pero me ayudaba con tres mujeres que me buscaban billetes en la ciudad. Ellas se sentaban en la cantina hasta que yo terminaba mi tarea. Entonces me entregaban el dinero, una por una, y a la que le tocaba se iba conmigo esa noche, aunque algunas veces me iba con dos o todas a la vez, y aquello terminaba en una bacanal, con drogas y todo.

Por aquella época –ya tenía 24 años– conocí a otra mujer, una italiana con la cual viviría muchos años. Era una auténtica fiera. Era tan brava que las otras la llamaban La Peligrosa, y me espantaba a mis otras damas. Ya había empezado a grabar con el Cuarteto Flores y estaba en mi apogeo.

1941. Ya era un cantante con futuro por las canciones de don Pedro Flores, quien no sabía música, pero ¡qué oído, Dios mío, qué oído! Hice mi primera gira a Puerto Rico, acompañado de la orquesta de don Moncho Usera y con don Pedro Flores de director de la *troupe*. Viajábamos a bordo del Borinquen y llegamos a San Juan a batallar con los que entonces cortaban el bacalao en mi tierra: José Luis Moneró, Rafael Muñoz, la Orquesta Whoopee Kids, de Ponce y muchos más que se me escapan a la memoria.

El sucesor de Miguelito Valdés

Durante aquella gira a mi patria tuve dos incidentes con mujeres. Una me quiso cortar la cara porque yo no le correspondía. Me atacó, lo hizo en la parte alta de una escalera larguísima que conducía al salón de baile, y allí mismo le metí un leñazo que no sé cómo no se mató escalera abajo; la otra quiso dañarme en un baile donde yo estaba cantando y cogí una penca de palma de coco que estaba en el suelo y se la metí por la cabeza. Me llevaron preso, pagué diez pesos de multa y san se acabó.

Por aquellos días había llegado de Cuba Miguelito Valdés para cantar con la orquesta de Xavier Cugat. Tuvo un éxito bárbaro, pero empezaron las rivalidades entre él y Cugat en la tarima. Cugat tenía un farol que solamente se encendía cuando él dirigía la orquesta y nadie más estaba autorizado a utilizarlo. Miguelito lo hizo y se formó la choricera. El maestro Cugat me fue a buscar al Cuban Casino y me ofreció el reemplazo de Valdés. ¡85 dólares a la semana y el principal cantante de la orquesta latinoamericana más popular del momento! Aunque me tuve que quitar el bigote y ponerme una camisa rumbera que no me gustaba para nada, que llevaba una caricatura de Cugat hecha por él mismo, metí mano, aprendí muchísimo y tuve grandes triunfos.

「Mayoría de edad en Puerto Rico」

En 1937, Daniel ya cantaba, pero no era conocido sino en Brooklyn. Es cuando regresa a su patria donde un hombre bueno en el mejor sentido de la palabra, una especie de patriarca político-intelectual, con mucho de mantuano a la española, ardía por dentro en defensa de la independencia de su país. Es don Pedro Albizu Campos, quien impresionará desde este 1937 a Daniel Santos, el hijo de don Rosendo, quien todavía no es el Inquieto Anacobero. En una suerte de protesta contra el dominio yanqui, acaso sin mucha conciencia de ello, Daniel, así me lo confiesa, vive una vida disoluta, entre otras, para crearle problemas al sistema de dominación colonial.

—Veía en la figura de don Pedro Albizu la figura del patriarca, la del padre de todos los puertorriqueños, nuestro Bolívar. Y acaso sea por sus discursos, su prédica, su acendrado amor a la patria que nos vio nacer, su desinterés quijotesco, su gran calidad humana, como llegué a querer entrañablemente a Bolívar y Martí. Y por eso estuve con la Revolución cubana... porque, sabes tú, yo no soy marxista, soy independentista, antiimperialista, hijo de don Rosendo y de don Pedro...

No polemizo. Con el entrevistado no debe hacérselo. Pero sí intuyo que este hombre de pensamiento lineal en política, que ha vivido intensamente, en la gracia del canto, en el amor y el error,

creyó enfrentarse al dominio imperialista y a una sociedad injusta bebiendo las heces de esta sociedad.

...y habla Daniel Santos

En el año de 1937 tenía 21 años, mayoría de edad, como se dice. Cantaba, pero no era conocido sino en Brooklyn. Comencé mi carrera de artista muy lentamente. No fui una aparición súbita, ni el encandilamiento de una noche. Fueron muchas las noches sin éxito, y muchos los desencantos. Iba solo por el mundo de noches sin estrellas, sin representantes (mánager como dicen los pitianquis), sin ayuda y sin dinero. Estaba en la farándula por puro vacilón, sin importarme el futuro, viviendo al día de día en día.

Así eran las cosas para mí en Brooklyn. Ni siquiera recuerdo cómo regresé a Puerto Rico. Sé que lo hice por barco. Cuando visitaba a una tía en San Juan escuché una estación de radio en su casa y me fui hasta ella caminando. Era la WKAQ, la más importante del momento, donde trabajaban Johnny Rodríguez, hermano de Tito, q.e.p.d., y un músico llamado Aler's, compositor y encargado de la música de la emisora. Me le presenté con la audacia que da tener 21 años, y le quise demostrar mi talento musical. En vano. El compositor me dijo que era muy nuevo, muy novato, que necesitaban hacerme, y solo después de eso me podría incluir en su selecto elenco. Con el rabo entre las patas regresé a Nueva York. Una vez más me hallaba en Brooklyn, mi barrio, donde me crié y donde ganaba lo suficiente con mi canto para vivir.

Con las diferentes orquestas del condado, volví a luchar con la música, importándome muy poco lo que me dijera el señor de la WKAQ.

¡Y cómo son las cosas de la vida! En 1938 me encontré por primera vez con don Pedro Flores. Después del mucho trabajo

que él pasó enseñándome pude grabar mi primer disco, y con su orquesta. Después vinieron otros que pegaron en el ambiente. Retorné a Puerto Rico en 1941, pero ya era primer solista de don Pedro. Fue la época del Escambrón Beach Club, donde el director musical era don Pedro Flores y el rey José Luis Moneró. Bobby Capó apenas empezaba, como otras grandes figuras, Santitos Colón y Charlie Figueroa. Ya yo había pegado algunos números con don Pedro como: “Qué te pasa”, “Margie”, “Perdón”, y otros. Me quedé con el mercado. Ya era Daniel Santos, pero aún me faltaba para ser el Inquieto Anacobero.

Volví a Nueva York, donde pegué otros más, entre estos “La despedida”. No pasó mucho tiempo sin que tuviese que ingresar en las FF. AA., de Estados Unidos, como “ciudadano de los Estados Unidos de América”, en plena Segunda Guerra Mundial. Pero así fue. Solo cuatro años más tarde podría volver a las luces de los cabarets, en 1946.

Como artista conocido comencé por Puerto Rico, que es mi patria, y el primer país que visité en calidad de artista internacional fue la República Dominicana. Después serían Panamá, Cuba, Chile, todo el Caribe, nuestro mar Mediterráneo.

Ahora, cuando converso contigo, recuerdo mis actuaciones de 1960 en Panamá; las del 1961 en Chile y Cuba; el juicio que me siguió el Departamento de Estado en 1962 por la cuestión del pasaporte; el 64 en México y Chicago; el 65 mi regreso a Venezuela, después de la persecución de que fui objeto por la Seguridad Nacional en 1957, tardío regreso, pues aún no me explico por qué el gobierno de Betancourt no me dejó entrar; 1968 en Puerto Rico; el 69 en Panamá y Venezuela, con nuevas mujeres, nuevos amores, nuevos amigos; el 71 me empaté con una colombiana cuando andaba con la Sonora; el 73 de nuevo en Puerto Rico; el 75 firmo contratos con casas disqueras y el 76 estuve en San Francisco. Es en junio del 78

cuando me casé con María Rosa, con quien me fui a San Juan en el 79. El 80 me fui a Miami, y el 81 compré la finquita de Ocala, donde ahora vivo con mi última mujer, la venezolana, y mi hija. Siembro sandías y melones, que se me dan muy bien. Y rasguño estas notas que voy grabando en cassettes.

Reflexión del partenaire

No sé hasta qué punto tenga conciencia Daniel Santos, ensalmado en Haití, ya lo leerán de sus propias palabras, de la influencia de la Revolución francesa en América y conocimiento de la figura de Toussaint Louverture, antiguo esclavo negro que decidió abolir la esclavitud implantada a sangre y fuego por los colonos franceses, en nombre de la Declaración de los Derechos del Hombre. Louverture es el Precursor de nuestra independencia latinoamericana. Con el Thermidor y el bonapartismo los sueños jacobinos se disiparon. El 30 de Floreal del año XI (20 de mayo de 1802) restablece la esclavitud en las colonias, “conforme a las leyes y reglamentos anteriores a 1789”.

Lo digo porque Puerto Rico es un caso especial, excepcional en esta gran lucha, sostenida y difícil, por la liberación nacional de nuestros pueblos.

Así como Dessalines, Petion y el increíble Henri Christophe, que hizo construir La Fortaleza, que inspiró en un viaje al sitio a Alejo Carpentier, en compañía de Louis Jouvet, su gran novela El reino de este mundo, a Puerto Rico le ha hecho falta un Dessalines y un Christophe. Su resistencia al colonialismo, salvo contadas excepciones, entre otras la acción de Lolita Lebrón y sus compañeros en el Congreso de Estados Unidos, ha sido más bien cívica y pacífica. Solo de unos años a hoy insurge el pueblo puertorriqueño con voluntad de emancipación, decisión y riesgo de todo.

De la contradicción entre un Dessalines que degolló a todos los blancos, y un Henri Christophe que aspiraba a exterminar a

todos los mulatos, a quienes envidiaba, surgió la figura señera de Alexander Petión, fundador de la desdichada república haitiana.

¿Quién habrá de ser el sucesor de don Pedro Albizu Campos, el patriarca civil e intelectual, en la contienda por la emancipación de Puerto Rico?

Le pregunté a Daniel Santos, el otro Inquieto Anacobero, el que sufre por la dependencia y anhela la independencia de su patria borinqueña, atada al mar, como Andrómeda, “jíbara encadenada al mar oscuro”, como lo dejó escrito nuestro poeta, Aquiles Nazoa, por quien Daniel Santos siente admiración verdadera.

{ El septenio 1931-1938 }

Por 1931 estaba yo estudiando en la Manual Training High School de Brooklyn cuando la Geometría, el Algebra y la Trigonometría me amurallaban las entendederas. Era un estudio para el que yo no había nacido. Cada vez que tenía que entregar una tarea de aquellas materias me venía agua a los ojos, y acaso de más abajo también. En 1932, cuando fui elegible para salir de la escuela con el pretexto de irme a trabajar legalmente según las leyes del Departamento de Educación, aproveché para salir de aquel tormento con mis papeles de trabajo en el bolsillo.

Salí a buscar trabajo, pero era difícil encontrarlo porque la situación económica de Estados Unidos, a pesar de los esfuerzos del nuevo presidente, Franklin D. Roosevelt, y de su nueva política no mejoraba. Desde el 29, cuando hubo aquella caída en la Bolsa de Valores y el país se vio sumido en la crisis económica más grande y profunda de su historia, no solo cayeron los valores en la Bolsa, sino que muchos hombres de la Bolsa cayeron desde los pisos más altos de Nueva York. No había trabajo para los pobres, y yo era uno más entre millones. Los ricos preferían el suicidio, que entonces era el pan de cada día para los pobres, pues leyendo los periódicos nosotros nos consolábamos. Porque nos decíamos en Brooklyn, si un hijo de

Dupont o un familiar cercano de Mr. Ford, acaban de matarse porque no pueden ganar más dinero, ¿qué podemos esperar nosotros, los hijos de don Rose?

Entonces, una libra de harina de maíz, el alimento más barato, costaba cinco centavos de dólar, pero ¿quién tenía los cinco centavos? Ya con el presidente Roosevelt las cosas comenzaron a cambiar. El hombre de la calle, los hijos de don Rosendo podíamos comenzar a ganar algo echando paladas de nieve. Yo formé parte de los CCC (Civilian Conservation Corps), pues ahí caí yo junto con otros de mi barrio. Me llevaron junto con millones de jóvenes hambrientos. Todos aquellos que habíamos alcanzado la edad de los 17 años pasamos de los CCC a los bosques de la gran nación a talar árboles, a limpiar calles, desbloquear cloacas, sembrar parques, construir aceras, acomodar rieles. Vestíamos de soldado. Creo que se nos avitualló con los remanentes de la Primera Guerra Mundial, pues a mí me tocó un traje de kaki muy viejo de algún soldado más alto que yo, algún ángel rubicundo de Connecticut, de Kansas, o de Nueva York. Solo que nuestros rifles eran las palas, los picos y las hachas leñadoras. Allí estuve un año dándole duro, como para que Estados Unidos, el gran Imperio, sepa que me debe un modesto reconocimiento: ¡ayudé!, con mis manos y mis pulmones a reconstruir su podrida economía.

Pero doce meses han sido siempre mucho tiempo para mí. El Inquieto Anacobero. Al año me incorporé a una comunidad a quienes no les gustaba trabajar mucho. Una comunidad donde imperaban el vicio, la prostitución, el juego, la trampa y el vacilón, el bonche, en suma. Allí conocí gente, que fueron mis amigos, no lo niego, y hasta algún favor débiles a todos y cada uno, como:

Porchope: Marino y borrachín.

El Cabito: Fumador y contrabandista.

Pepito Mangó: Contrabandista y chulo.

Saxonia: Borracho, bolitero y busca broncas.

El gallego López: español, banquero de bolita y compañero de broncas de Saxonia, pues ambos pegaban unos trompones bastante fuertes.

Baltimore: Vendedor de drogas, traquetero, chulo y guapo.

Román: Negociante mata puercos, borrachón y vacilador.

Toño Camboa: Hermano de Luis el Flaco, chulo de Victoria, la prostituta más bonita de todo el barrio.

La Chiqui: Buscona que se la pasaba corriendo de barrio en barrio en procura de sus pesos.

Carmen: Trabajadora de la profesión más vieja del mundo, mujer que me desfloró a los 15 años de vida.

Amparo la Ñata: Dueña de un lenocinio denominado “La silla eléctrica”, porque no se le salvaba nadie, ni del pago, ni de una mala enfermedad.

Las Pistolas: Dos hermanas negritas a quienes lo mismo les daba cualquier cosa para salir adelante y seguir peleando a puño y nalga por la vida.

Chuchilla, Marín, Belleza, Julio Fátima, el Troco, Viejo, Pedrito, el Pelón y otros más que componían aquella pandilla de vagos, fumadores, chulos, izas, rabizas, hombres y mujeres de Estados Unidos, de ascendencia española y portuguesa y hasta uno que otro noruego, uno que otro irlandés, marineros borrachos que se unían accidentalmente a la pandilla de la que yo formé parte.

Así, entre canción y canción, cigarro y cigarro, el ron y la marihuana, y siempre el vacilón, pasé siete años sin poder y sin querer moverme de aquel ambiente. Fue en el 38 cuando llegó mi tabla de salvación, mi mesías, cuando yo pude, también yo,

cantar mi Aleluya: llegó a Nueva York don Pedro Flores y mi vida cambió, gané un poquito más decentemente.

El Anacobero supo que tenía una patria, Puerto Rico, y que la vida en Nueva York, como lo dejó escrito Federico García Lorca, no era ni doble, ni buena, ni sagrada, pero que yo podía hacer algo con mi voz, con mi canto, y que tanto mi patria como el mundo podían ser mejores, y un poquito nobles, un poquito buenos, un poquito sagrados.

Como sagrado fue, durante toda su vida, don Pedro Albizu Campos. Y sagrados fueron Lolita Lebrón y sus compañeros que se atrevieron en 1950 a hacer sonar la palabra Borinquen y su himno y su bandera en las páginas de la gran prensa del Imperio.

Todavía, por supuesto, yo no era El Anacobero. Pero algo me decía por dentro, algo o alguien, acaso ese duendecillo de Trastalleres, que sí podía empinarme por sobre las dificultades, por encima de las miserias, y que no hay miseria sin grandeza, ni grandeza sin miseria. Como la vida me lo ha demostrado con creces a lo largo de este andar por todos los rincones de este mundo.

De “La despedida” al campo de concentración

7 de diciembre de 1941. Estados Unidos repele la agresión japonesa de Pearl Harbour. “La despedida”, canción de don Pedro Flores, es la máxima expresión musical en el cancionero latinoamericano de la época. La voz de Daniel Santos recorre toda América. Pero fue reclutado para integrar la campaña “C” del regimiento 291 de la división de infantería 98 de Estados Unidos. Fue asignado a Camp Brekenridge, estado de Kentucky, para la instrucción básica de la guerra. Como acababa de cantar con Cugat en el Waldorf Astoria, aprovechó la publicidad para conseguir algunos beneficios extras en la dura tarea de ser soldado puertorriqueño en las filas del ejército norteamericano, pues les hizo saber a sus superiores quién era: el cantante de la orquesta de Xavier Cugat.

¡Así salvé la vida!, pues hubiera tenido una muerte segura en los mismos momentos en que Estados Unidos estaba perdiendo la guerra frente al Mikado.

Despedida

Vengo a decirle adiós a los muchachos
porque pronto me voy para la guerra
y aunque vaya a pelear en otras tierras
voy a salvar mi derecho, mi patria y mi fe.
Ya yo me despedí de mi adorada
y le pedí por Dios que nunca llore
que recuerde por siempre mis amores
que yo de ella nunca me olvidaré.
Solo me parte el alma y me condena
que dejo tan solita a mi mamá
mi pobre madrecita que es tan vieja
quién en mi ausencia la recordará.

Quién me le hará un favor si necesita
quién la socorrerá si se enfermara
quién le hablará de mí si preguntara
por este hijo que nunca quizás volverá.
Quién me le rezará si ella se muere
quién pondrá una flor en su sepultura
quién se condolerá de mi amargura
si yo vuelvo y no encuentro a mi mamá.

AUTOR

PEDRO FLORES

El hijo de don Rose

Quise ser oficial, pero no tuve la inteligencia necesaria para serlo, así que seguí de raso estudiando manuales sobre las distintas armas. Yo no aguantaba el trajín de la instrucción básica y me dio por fugarme del ejército. Me fui a Nueva York sin permiso. Pasé trece días en libertad: tragos, mujeres y canciones. Al décimo tercer día decidí entregarme a la PM y me internaron en la cárcel de Governs Island, en la bahía de Nueva York. Luego me transfirieron a Alabama y me internaron en un campo de concentración para desertores con la tierra desnuda como cama y una tienda militar como techo, a la intemperie. Los prisioneros alemanes vivían como reyes, comían bien, dormían en camas y hasta derecho a una fiestecita de vez en cuando tenían. Nosotros no. Hacíamos toda clase de menesteres sucios como limpiar las letrinas, sacar la grasa podrida de las cocinas del campamento, botar la mierda de los drones de acero que servían de envase en los excusados militares donde no había barracas con toilettes; cavábamos las zanjas para las construcciones, cargábamos y descargábamos los camiones, comíamos en platos de rancho y tomábamos la sopa en escudillas y cuando salíamos a trabajar, a las 6 de la mañana, lo hacíamos galopando con las manos entrelazadas en la cabeza o a la espalda y con un fusil con bala en el directo en manos de nuestro mejor amigo con órdenes precisas de disparar en caso de intento de fuga.

La faena era así. Se buscaba al mejor amigo nuestro para que fuese nuestro guardián y a este lo obligaban a matar pa'que no intentáramos el menor movimiento en falso. No había, entonces derechos civiles, ni humanos. Y les importaba un carajo que defendiésemos a ese país con nuestras vidas.

Si nos rebelábamos, nos metían en un cuarto de madera bajo tierra y nos alimentaban a base de pan y agua, hasta que

se tenía que capitular y pedir piedad al comandante del campo. Así, regresábamos al usual maltrato, mas esta vez con “antecedentes de rebelión” y obligados a sufrir todos los maltratos de los sargentos, que eran los guardias penales.

Llegaron los cañones de ataque de 105 milímetros de calibre, desconocidos hasta entonces en la guerra. No había personal suficiente para integrar la nueva compañía y tuvieron que recurrir a nosotros, los presos militares del regimiento, para formarla. Éramos los incorregibles, pero llegamos a constituir la campaña que casi siempre se llevaba los honores del regimiento.

En 1944 marchamos hacia rumbos desconocidos en un transporte militar que llevaba en sus entrañas carne de cañón para iniciar el regreso del general Mac Arthur, quien había salido cariacontecido por la paliza que le propinaron los japoneses en todas aquellas islas del archipiélago hawaiano. Una eternidad me parece que estuvimos dando tumbos en altamar, desviando siempre la ruta para evadir el ataque de la armada japonesa. Por fin llegamos a la isla de Maui, en las Hawaianas, donde estaba la retaguardia del frente. El coronel-comandante del Regimiento me escogió a mí y a mi compañero de guerra, un amiguito puertorriqueño que también cantaba para entretener a las tropas, para divertir a los que marchaban al frente.

Dieciséis meses estuvimos en el archipiélago que se haría mundialmente más famoso con la producción de TV Hawai 5-0. Desde que nos levantábamos a las 5:45 a.m., hasta las 6 de la tarde, hacíamos de soldados de infantería en la sección cañón 105. Pero a partir de las seis de la tarde, Juanito, mi amigo puertorriqueño y yo, cantábamos con una orquesta de jazz integrada por soldados. Había un judío que hacía de tenor comediante. A Juanito y a mí nos llamaban los Rumberos, y a mí particularmente me apodaban Cisco Kid. Viajábamos por el archipiélago para entretener a las tropas. Y cuando teníamos un tiempito libre, Juanito y yo nos íbamos al barrio de

los puertorriqueños en Hawai, donde siempre se montaba una fiesta cuando nosotros llegábamos.

Los amigos, sus esposas y muchachas. Añádanle ron, lechón asado, arroz con habichuelas, coco frío, majarete, pasteles, chifrito y todo lo necesario como para sentirnos en Puerto Rico en medio del Pacífico. Nos daban pase de dos días y nos quedábamos cuatro, solo porque el coronel-comandante nos mimaba.

Zafarrancho en Osaka

Llegó la orden para embarcar hacia el Japón. Íbamos a invadir, a tomar por las greñas el imperio del sol naciente. En altamar estaban estudiando un armisticio los japoneses y los americanos. La firma de la rendición nos sorprendió en el agua, pero con todo y eso seguimos hacia el Japón. Desembarcamos en Osaka en zafarrancho de guerra, armados hasta los dientes. Al vernos, los japoneses se internaron tierra adentro y nos dejaron las playas.

Después de unos días, Juanito y yo, que estábamos de guardia en el campamento, decidimos, sin el consentimiento de los otros, entrar al pueblo de Tenouji, a un par de kilómetros de donde estábamos. Llegamos allí debidamente armados. No había una sola persona en las calles desiertas. Era de noche y teníamos sed y hambre. Divisamos un carrito de mano como los nuestros de vendedores de frituras. Fue cuando le dije a mi paisano: —Mira, Johnny, parecen tostones de plátanos...

Llegamos hasta el carrito y empezamos a comer los tostones... un poco raros, es verdad, pero el hambre acosaba. Seguimos comiendo y sorpresivamente vimos una figura que se deslizaba entre las sombras de las casitas. Le ordenamos pararse. Le conminamos con los M-1 que llevábamos. Cuando rastreamos los fusiles, la sombra vino hasta nosotros y le preguntamos por señas qué comíamos. Se contoneó como reptil y nos

lo dijo: estábamos comiendo culebra en tajada frita. Le ordenamos retirarse. Un poco nauseabundos, regresamos a nuestros puestos de guardia.

Luego nos ordenaron avanzar hasta la ciudad de Osaka, ya controlada por los nuestros. Dormimos aquella noche en una fábrica que manufacturaba mirillas de bombas para los kamikazes, los juramentados pilotos que daban sus vidas estrellando el avión contra la cubierta del navío que hundían.

Un tiempo después ya teníamos un campamento construido en las afueras de Osaka. Podíamos visitar la ciudad y sus barrios. Y como lo primero que busca un soldado en guerra y en otro país que no es el suyo fuimos donde las putas. Como tuvimos un pase de fin de semana, marchamos hasta la casa de las yoshiwaras. En una antesala se hallaba una japonesa entrada en años que nos mostró los retratos de las muchachas que podíamos encontrar, unas bonitas, otras feas, pero teníamos de dónde escoger. Hecha la selección, la madama nos condujo a una salita con una mesita para que se escribiese en ella solamente sentados o arrodillados, firmar el libro de clientes y a la obra, pues ya estos establecimientos estaban controlados higiénicamente por los médicos del ejército, y donde también firmaba la muchacha si por casualidad un soldado salía enfermo de venéreas.

La primera vez que fui cliente me tuve que parar de la cama sin hacer nada porque la mujer me parecía muy extraña con sus ojos oblicuos, y no me inspiraba. Salí de la casa, me fui al bar de la esquina y me saturé de licor. Cuando regresé era un animal, pues hacía mucho tiempo que no la pasaba con una mujer. Tanto así, que o me enamoré o le cogí pena, pues nuestras relaciones siguieron y ella se paseaba por los alrededores del campamento buscando su ración de comida —y la otra! —, que incluía carne, pollo, pescado (que yo me robaba en la comisaría), y también chocolate, medias de nylon, cigarrillos que

obtenía en trueque con otros soldados, y así fue durante seis meses hasta que me llamaron para embarcar hacia Estados Unidos y lograr finalmente mi licenciamiento en 1946.

Al salir del Japón, el susto fue mayor, pues las minas rozaban nuestro buque. Fue cuando hice la promesa de que si llegaba vivo no me cortarían el pelo en seis meses. Entonces, tener el pelo largo, en Estados Unidos, era ser... raro. Ya licenciado, volví con la Peligrosa. Me conmoví tanto que me casé con ella, aunque casado no viví con ella veinte años más, pues vivía una vida de celos y trifulcas. La abandoné por incorregible y me fui a mi Puerto Rico, donde empecé de nuevo en mis andadas de chulo, marihuanero, troquero maldito, hasta que me llamaron de República Dominicana para actuar en La Voz del Yuna, de Ciudad Trujillo, que así se llamaba entonces Santo Domingo porque a Trujillo y sus áulicos les dio la gana.

El dueño de la estación era Petain Trujillo, hermano del dictador Rafael Leonidas Trujillo (a) Chapita. ¡Cómo sería aquello que se atrevieron a poner un anuncio luminoso en el techo de un edificio para que lo vieran todos, y así rezaba: "Trujillo y Dios ¡qué blasfemia!".

El Petain aquel se creía omnipotente, y casi lo era, pues muchos aparecieron muertos por no aguantarle, padres que no dejaban que sus hijas fuesen raptadas y violadas, campesinos que no se quitaron a tiempo de la carretera cuando él pasaba en su limosina y muchas personas más por capricho sentenciaba a muerte.

Hubo un director de orquesta dominicano que le dio una trompada en un baile en un night club. Fue el único que se atrevió. Y yo el otro, junto con un mexicano que nos negamos a pagarle una multa: 50 dólares por sonreírnos fuera de tiempo en su fortaleza militar, pues eso era La Voz del Yuna bajo su mando.

Me mandó preso a la fortaleza de Ozama, una mazmorra peor que las de la Inquisición. Caída la dictadura y muerto

Trujillo, Petain estuvo asilado en Puerto Rico. En una oportunidad mandó a un mozo del Hotel Condado, donde yo estaba, a invitarme a su mesa. Ahí le mandé a mentar a su madre como tres veces y que diera tres brincos en el aire, ¡carajo! Y punto. Un pueblo tan humilde y hospitalario como el dominicano jamás mereció una bestia como esa, y doble punto.

Una vez en Santo Domingo se hallaba recostado a la cerca de concreto que tenía La Voz del Yuna y como yo pasaba por allí me mandó a llamar para avisarme que me enviaría el fin de semana al teatro Luisa, un favorito del barrio. Y que si lo llenaba me daría un buen regalo. Llegó el fin de semana y desde el viernes todos los días fueron llenos a reventar. Hasta la taquilla y las puertas de ingreso fueron echadas al suelo porque la gente no cabía en el recinto. Así fueron los llenos que abarrotaron los bolsillos del mayor Petain.

Cuando el lunes yo me hallaba en el cafetín de los locutores, jugando dominó de espaldas a la calle, me fue lanzada una cajetilla de cigarrillos Lucky Strike. Oí entonces la voz del mayor Petain que decía:

—Ahí está el regalo que le prometí si llenaba el teatro...

Yo le contesté:

—¿Pero no lleva fósforos, mayor?

Y él:

—No dan fósforos con ellos... y valen setenta centavos.

Con una gran furia interna le di la espalda y seguí jugando al dominó con los locutores, mientras Petain tiraba monedas a los chiquillos regodeándose con las peleas de estos por los centavitos. Cuando se retiró el mayor y yo dejé de jugar, me dirigí a un café de chinos de la esquina y compré un cartón de cigarrillos de la misma marca, fui hasta la oficina del mayor, toqué a la puerta y puse sobre su escritorio el cartón de Lucky Strike.

No sin gracia, el mayor me preguntó:

—¿Y los fósforos?

A lo que yo le respondí:

—No, mayor, no me dieron fósforos, y eso que cuestan siete dólares.

Di la vuelta hacia la puerta y me metí en la cantina más cercana a darme un palo por el valor que tuve de vengarme del hermano de Chapita.

El terremoto del 4 de agosto de 1946

El sábado siguiente estaba en candela un baile en Bocachica, en uno de los lugares del clan de los Trujillos, y no recuerdo cómo diablos llegué allí, quizás por ser artista. Apenas puse los pies en la pista saqué a bailar a una jevita que me miraba mucho. Bailamos casi toda la noche y entre otras cosas me dijo que quería irse conmigo. Ni corto ni perezoso agarré a la jeva y me la llevé a dormir conmigo. No sé cómo nos pusimos a vivir juntos. Un par de días después me dijo que era familiar de los Trujillos y me entró la tembladera, me hice el fuerte y esperé a que me hicieran preso, lo que no pasó.

Y un día cuando estábamos a la mesa, desbordantes de amores y de vinos, llegó el gran terremoto del 4 de agosto de 1946. ¡Qué impresionante! ¡Qué terror! Jamás había presenciado un desastre como ese. Como yo me crié en la parte norte y este de Estados Unidos, donde no ocurren esas cosas, estaba más asustado que una cucaracha en baile de gallinas. Cuando empezaron a crujir los soportes de la casa de madera, a moverse las instalaciones eléctricas y las sillas y las camas cambiando de posición, resbalando con el piso como de azogue, y los cuadros desprendiéndose de la pared, nos quedamos petrificados, más de pronto echamos a correr hacia donde creíamos que estaba la calle. Todo el mundo estaba de rodillas, todos pedían clemencia a Dios, las mujeres lloraban los hombres aterrorizados

y los niños llorando en busca de sus padres. Fueron segundos de una eternidad inmensa.

Una vez pasado el terremoto en su mayor intensidad volvimos a la casita de madera, donde todo estaba roto y tirado al suelo. Vino una calma que también nos inspiraba miedo. Empezamos a llamar por teléfono para saber de familiares y amigos. Llamé al hotel Jaragua donde tenía una mujercita que me dijo que el terremoto la sorprendió cuando iba a lanzarse a la piscina. Esta se partió por la mitad, en el fondo, y ambas partes se pararon patas arriba regando el agua todo el terreno de sus alrededores. Otra llamada a La Voz del Yuna y me dicen que la pared se agrietó de tal modo que el locutor creyó que se venía al suelo. También llamé a un secretario que yo tenía en la radio y me contó lo de su casa, no del todo mal. Transcurrida una hora hubo otros temblores, aunque sin jamacones de la tierra. Durante diez días y diez noches siguió temblando en Santo Domingo y durante diez días y diez noches me metí en la cantina con mi secretario a pasar el susto a punta de tragos.

Entonces tenía una puertorriqueña, una dominicana del oriente y a la mujercita que me llevé debajo de las narices de los Trujillos en la fiesta de Bocachita. A esta la tenía casi olvidada, pues salía con las otras dos. La dominicanita y yo siempre estábamos de bonche. Eran muy lindas. Una tenía 16 y la otra 18. Salíamos los tres a vacilar y bailaba con ambas, cada quien a su debido turno. Comíamos la misma comida y dormíamos juntos los tres. ¡Todo lo hacíamos juntos! Hasta el dinero que me traían lo gastábamos juntos, amén del que yo ganaba con mi canto.

Nunca pensamos en el futuro, ni en el casamiento. Bebíamos y amábamos cada día, como Dios manda, pero una noche en Guiría la puertorriqueña empezó a joder y la aguanté por un rato. Cuando salimos, ella pasada de copas, insultaba a la

dominicana y tuve que pegarle un puño, mas fue tan contundente que se me partió el hueso del meñique, sobresalió la piel y el doctor tuvo que cortarme un pedazo de hueso que después ella misma montó en oro y lo llevaba en el cuello.

Como toda dicha no puede durar, vino la despedida. La dominicana desapareció, luego la vi en un aeropuerto, y nunca más. Me fui a Cuba contratado por la RHC, “Cadena Azul” y Betty se fue a Puerto Rico a enseñar su huesito dorado al que le interesara.

La Sonora Boricua, ya se sabe, fue un conjunto que yo organicé en Puerto Rico en 1949. Tuvo sus grabaciones y sus actuaciones exitosas. Eran músicos estrellas, pero el que no tenía dinga tenía mandinga. Y allí había marihuaneros, tecatos, irresponsables, negros, blancos, chotas, chulos y borrachones, pero ha sido el mejor conjunto musical que yo he dirigido en mi trayectoria artística.

Fuimos contratados por Santo Domingo. Algunos se quedaron un par de días para después despedirse de muchachitas que habían seducido en su corta estada. Yo, por mi parte, me quedé con mi secretaria, pa’vacilar, y tuve la idea de montar un programa en Radio Tropical, de Joaquín Custal, buen amigo, con mis discos y los de la Sonora, y yo hacía de disjockey.

Como no tengo paciencia, eso se lo dejé a otro. Estaba en mala situación y mi secretaria no miraba un chíchero. Joaquín me ofreció una casita en un sitio muy grande que mentaban “El potrero de Venturita”. Cuando me pasé a la casita dejé a la secretaria en el hotel Victoria. Como todas las mujeres eran peleona, alborotosa, egoísta y muchas cosas más, y yo lo que quería era vivir tranquilo.

A la casita no entraba sino quien yo quería. Una vez la secretaria quiso penetrar a la brava y no la dejé. “Si regresas, le dije, voy a tener un bate detrás de la puerta y te lo voy a asestar en el cuello”. Aun así regresó. Cogí el bate y salió corriendo.

Fue al juzgado y me acusó de amenaza de muerte. Ella tenía su abogado y yo el mío. Pero mi negrito era una estrella y ganó el juicio con la tesis de “Romeo y Julieta”.

El pleito fue interesante. Vendían las entradas a 50 centavos. Todo el mundo quería entrar, pero eran pocos los asientos. Salí absuelto y seguí en la casita de Joaquín, la secretaria se marchó a Puerto Rico, y seguí viviendo con otras tres mujeres: una, que llegó embarazada a trabajar; otra que ayudaba en los quehaceres de la casa y una negrita bellísima que venía de vez en cuando, cuyo trabajo era pararse desnuda, de perfil, en el ventanal de cristal por donde se colaban los rayos de la luna dominicana. La negra era bella y tenía un cuerpo perfecto.

El Inquieto Anacobero

Mi primera visita a Venezuela

Dice Daniel en su autobiografía oral que jamás conoció un tipo tan bruto como aquel Amado Trinidad Velazco, de la Cadena Azul, de La Habana, hombre de campo, correcto, “millonario y bruto –frase de Daniel– para muchas cosas, una de ellas la música, aunque fue el primer empresario en pagar sueldos decentes a los músicos en la radiodifusión sonora cubana”.

Fue justamente en aquella época de la Cadena Azul de La Habana cuando Daniel Santos visitó por vez primera a Venezuela.

Me lo recuerda ahora, aquí, en mi casa, en Los Palos Grandes, con esa su gracia caribeña tan buena en las verdades como en las mentiras. Pero esta, lo aseguro, es verdad de verdad.

Y habla Daniel:

“Llegué a la *Cadena Azul* de La Habana contratado por el dueño, Amado Trinidad Velazco, hombre de campo, correcto, millonario y bruto para muchas cosas, una de ellas, la música. Pero la memoria de Amado Trinidad contiene la verdad de que fue el primer empresario cubano que pagó un sueldo decente en la radio. Les voy a contar un ejemplo de su poco conocimiento musical: estaba la orquesta de Leonardo Timor, un buen director, ensayando conmigo

para el primer programa, el debut, cuando un músico dirigiéndose al director le informaba que faltaba una corchea en su partitura. ¡Maestro, maestro, aquí falta una corchea! Don Amado casi le frenó para decir a todos: ‘El señor Santos debuta esta noche y aquí no puede faltar nada... ¿cuánto vale esa colchea?’. Nadie se rio pues hablaba el dueño de todo aquello”.

Entre el debut en la *Cadena Azul* de La Habana y otras presentaciones radiofónicas, ya en el elenco de la más prestigiosa radioemisora cubana de la época, Daniel dio bártulos y se vino a Caracas. Lo trajo un empresario de nombre Luis Jiménez (q.e.p.d.), quien podría recordar, dice Daniel, a dónde fue a trabajar “pero sí puedo recordar dónde iba a disfrutar de los placeres de la vida”.

Era en la vieja Catia, un burdel muy popular, donde después de traspasar el umbral con mi maleta, no volví a salir hasta mi regreso a La Habana. Y seguí llegando allí, donde tenía de todo, mis tragos y mis muchachas. Hubo muchas cosas que me hacían volver a esa casa. Una, el trato que daba la dueña, la madama, a todos quienes la frecuentaban. Otra, por la Gallinita, una mujer que yo tenía que era muy bella y quien vendía su cuerpo para vivir decentemente, ya que en aquellos tiempos el dinero, para los pobres en Venezuela, estaba bastante escaso. Yo, Daniel Santos, exmarihuano, exchulo, excrápula, digo que hubo muchos escritores y periodistas que escribieron cosas falsas de aquella situación y de mí mismo. Dijeron cosas atroces de mí, pero no me importó, ni me importa, pues yo sé quién soy y qué debo hacer, y lo que hice y lo que hago. Escribían babosadas para chorrearne con su sucia lengua. Chismes y calumnias, como los chismes de las viejas de San Juan contra don Rose, cuando yo era niño. Y todo porque yo ya era y sigo siéndolo el Inquieto Anacobero, Daniel Santos. Cuando aquello sucedió, yo era maestro de la vida y los escritores y

periodistas sabían escribir, pero estaban en pañales en cuanto al amor y a las putas.

Mi primera visita

La casa de la Gata –Delfina era su verdadero nombre– era el refugio de los hombres de entonces que por alguna causa no tenían acceso al amor de una mujer y allí llegaban en busca de un amor y un momento de placer.

La casa de la Gata no era ningún antro de drogas, ni mucho menos de maleantes. Quienes la frecuentaban eran más bien hombres de negocios. Jamás vi militares allí, como algunos han dicho, y jamás se expendieron drogas, solamente bebidas alcohólicas genuinas.

Salgo en defensa de la Gata, de su memoria, porque siempre fue una mujer buena, una buena mujer, sencilla y servicial, que mantenía su negocio como si hubiera sido legal. Jamás, en ninguna de mis visitas, supe de una bronca. Jamás supe de ningún policía que no fuera allí sino en visita social y vestido de paisano, jamás de uniforme.

La casa de la Gata me servía a mí de residencia en Caracas durante mis giras artísticas. Después estuve unos tres años sin volver a Venezuela cuando ya existía el Casablanca, un gran salón de baile que se ufanaba de sus siete pistas, y donde amenizaba nada menos que el célebre músico venezolano Aldemaro Romero, hoy en día director de la Sinfónica de Caracas.

Vuelvo a La Habana

Recordarán que llegué a La Habana contratado por Amado Trinidad Velazco, el de la *Cadena Azul*. Los programas se llamaban *Bodas de Partagás*, pues era esa firma de habanos y cigarrillos la que los auspiciaba. En mi debut se destacaba mi tema musical Anacobero, un término derivado del ñañigo. Una vez estaba en el camerino poco antes de empezar mi turno cuando encontré un traje de “chuchero”, como aquellos que usaba Tintán en sus películas mexicanas. Quise darle un empuje a la salida y... me cambié de ropa y me puse el traje de chuchero, pues yo bailaba un poco y el asunto iba a gustar... por lo menos eso yo pensaba...

Cuando sonó mi tema Anacobero y yo salí cantando y bailando, el locutor-animador, Dr. Luis Villarder, que en paz descanse, me agarró por un brazo y me presentó como Daniel Santos, El Anacobero. Estaba contratado por ocho días, que fueron un éxito total. Amado Trinidad me prorrogó el contrato por ocho días más, pero como a la semana siguiente debía llegar, contratado, Miguel Acéves Mejías, un cantante mexicano de buen nombre, me fui a cobrar y hablar con el señor Amado Trinidad, a quien le dije:

—Viejo, yo me voy a quedar aquí en Cuba, esto está muy bueno.

Como yo vivía entonces en Nueva York, don Amado me dijo que no fuera loco, que él me mandaría a buscar cada vez que fuese necesario, que aprovechara artísticamente las dos ciudades... Y así fue, estuve yendo, viniendo y viviendo en Cuba durante quince años felices.

Carnavales en Panamá

En el febrero de 1947 fui a cantar a los carnavales de Panamá. Venía de La Habana y traía como secretario a un hijo quien fue guardaespaldas del dictador Rafael Leonidas Trujillo.

Yo estaba quedándome en el Hotel Central, lo mejorcito que había entonces en Ciudad de Panamá. Por aquella época también estaban en Panamá los Cascarita y Kiko Mendive, amenizando distintos espectáculos. Mi secretario parece que estaba melancólico y quería regresar lo más pronto a su país, quizás no se acostumbraba, me parecía un muchacho bueno, pero cuando se marchó lo hizo inopinadamente y se llevó toda mi ropa, todas mis pertenencias, menos las joyas que había depositado en la caja de seguridad del Hotel.

Al día siguiente, los diarios titularon así la noticia del sucedido desaguizado.

—¡A DANIEL SANTOS LO DEJARON CON LA PIYAMA Y EL CEPILLO DE DIENTES!

Y tenían razón los periodistas: todavía los tenía intactos.

Cuando terminé el contrato en Panamá me fui a Venezuela. Era la primera vez que llegaba a ese país. Caracas era una ciudad de techitos de zinc (estoy hablando de la vieja parte de El Silencio), había muchas rocolas, burdeles, marinos y muchas mujeres. De noche era pura candela y de día volvía a la serenidad. Me dijeron que el presidente era un señor Medina Angarita que se paseaba por las calles sin escolta, como un ciudadano cualquiera. Un día yo, extranjero sin conocimiento de leyes, salí de una tienda del sector con una camisa que acababa de comprar debajo del brazo. Para ahorrarme tiempo decidí cruzar diagonalmente la plaza Bolívar, y cuando llegaba a la estatua ecuestre del Libertador, un policía me dio la voz de arresto por irrespeto al Padre de la Patria. Cuando le pregunté

el porqué de la detención y cuál irrespeto había yo cometido, el agente del orden público me espetó lo que sigue:

—Usted sabe bien que nadie puede pasar al lado del monumento del Libertador cargando paquetes...

—Pero, mire señor, yo soy extranjero, ignoraba esa disposición oficial. (Le mostré el pasaporte con el visado correspondiente para convencerlo).

Más el agente, imperturbable, me ordenó que regresara por donde había entrado y que jamás volviera a pisar la plaza Bolívar.

Recuerdo aquella anécdota porque la Caracas de hoy es una ciudad moderna, bullanguera y rica, una vitrina para Sudamérica.

En Caracas me gasté lo que traía de Panamá y lo que me gané en Venezuela, en mujeres, vinos, regalos, en fin, todo lo que me apeteció, y decidí volver a La Habana con unos cientos de pesos que entonces era mucho, muchísimo dinero. Llegó el año 48 y ya yo estaba viviendo y matando un chivito en la playa de Santa Fe, cerca de La Habana.

Me encontraba sin trabajo, no tenía ni para comer y menos para pagar el hotel, pero el dueño de este era buena gente y no me molestaba con la cuenta. Para comer yo le robaba enlatados de la despensa a través de un hueco que hice en el piso y que llegaba directamente a donde estaban los manjares.

Cuando estalló una guerra chiquita entre el grupo de Morín Dopico y otra pandilla y murió de un tiro en el pecho una mujer embarazada, decidí dejar Santa Fe e irme a La Habana-ciudad. Allí me mandó a llamar Suaritos, un cubano que hablaba como gallego y que era dueño de la Cadena Radial Suaritos, muy popular entonces. Suaritos era un empresario de garra, audaz, sin miedo, hombre de muchas excentricidades de quien jamás supe nada de su vida privada. Había muchos rumores acerca de su vida. Después de que murió dijeron que

todo lo había perdido por causa de una mujer, pero ¿a cuántos hombres no les ha ocurrido lo mismo?

Aunque Suaritos jamás tuvo un estudio para que el público viese y oyese a sus cantantes contratados, tenía, en cambio, un magnífico sistema de grabaciones con el cual podía repetir las canciones de uno fuera de programación. Pagaba lo que otros empresarios ni siquiera se atrevían a pensar. Y disponía de un director musical, Obdulio Morales, a quien consideré en aquellos momentos como el mejor y más completo de la música cubana. Era un gran maestro del folklore cubano, instrumentalista y arreglista de bellos y magníficos matices en la armonía, de la que hoy llaman moderna.

Una de las excentricidades de Suaritos era que el producto que su cadena anunciaba tenía que ser el producto favorito de todos los empleados de la emisora. De este modo yo fumaba una marca de cigarrillos en la calle, pero cuando entraba en la emisora ponía bien a la vista una cajetilla de los que él anunciaba.

Suaritos me pagaba seiscientos pesos al mes, que entonces era un sueldo envidiable, pero me regalaba cada viernes cien pesos adicionales para mis gastos inmediatos. Yo tuve un agrado mayor en grabar para Suaritos que con otros empresarios por los arreglos de Obdulio Morales y porque alterné con artistas como Toña la Negra y Avelina Landín y también porque la emisora se escuchaba muchísimo. Creo que fue por eso que Manolo Fernández, de Radio Progreso, cuando estaba al costado del Capitolio, decidió hacer presentaciones personales de los artistas, y fue así como conocí a Radio Progreso, la Sonora Matancera y a aquel público tan bello que me acompañó por tantos años.

Cuando terminé con Suaritos me fui a Radio Progreso, pero solamente haciendo grabaciones especiales para la casa. Cuando Manolo Fernández me habló del contrato hablamos

también de quién me acompañaría. Me dijo entonces que la Sonora estaba con él y me sugirió que fuera a la Academia de Baile en Marte y Belona donde trabajaban permanentemente por las noches y que los escuchara a ver si nos poníamos de acuerdo.

Llegué a la Academia, y allá estaban los de la Sonora trepados en un escenario que más bien parecía un palomar, tan en alto estaban. Después los conocí uno por uno; a Rogelio, el guitarrista; Bienvenido Granda, cantante oficial; Caíto, en las maracas; Lino Frías en el piano; Bugú (jamás he podido recordar su nombre verdadero) en el bajo; don Valentín, que también fungía de director, en la tumbadora; y Manteca (jamás tampoco he podido recordar exactamente su apellido, creo que era Chávez) quien tocaba un instrumento que parecía un timbal y también un bongó, pero cuando Manteca lo tocaba hacía la diferencia entre la Sonora Matancera y los demás conjuntos y orquestas cubanos por su originalidad y su sonido distinto. Acto seguido decidí unirme a ellos.

Fue así como creamos una nueva combinación musical en el ambiente artístico cubano. Ya era el Inquieto Anacobero.

Cuando terminó el set que estaban tocando, bajaron del palomar y algunos de ellos se fueron al bar donde yo les esperaba dándome un trago (¡oh, yo era campeón entonces en eso!) y lo único que recuerdo de lo que hablamos es que uno me dijo que “nosotros no vamos a dejar este trabajo para aventurar”.

Pero al otro día, gracias a Dios, llegamos a la solución de unirnos por lo pronto en grabaciones especiales para la emisora.

Luego empezamos un programa en vivo en los estudios de Radio Progreso en San José y Prado. La gente se fue acostumbrando a llegar a los estudios poco a poco, mientras que nosotros hacíamos presentaciones también en diferentes actos bailables, trabajábamos en el Teatro Martí y hasta fuimos a Palacio a una fiesta en honor al presidente Carlos Prío Socarrás,

que en paz descanse. En esa fiesta habló el Presidente. Luego estuvimos en el Centro Gallego, donde estrenamos una guaracha en nombre del jefe de la policía de Prío, Caramés, quien se hallaba presente.

Los programas diarios en los estudios iban viento en popa. Iniciamos la grabación de los éxitos de Pablo Cairo: “El Tibiritábara”; “Vive como yo”; “Pa’ fricasé los pollos” y “Dos gardenias”, de Isolina Carrillo; “Bigote e’ gato”, de Jesús Guerra, y otros ahora conocidos mundialmente.

En la emisora cambiaban de horario para darle cabida a otros artistas, por ejemplo Olga y Tony, nuestros grandes amigos. Después doblamos con la CMQ y el programa Cascabel. Candado, que dirigía Mario Barral, padre de Rolando Barral el actor. Era un director insuperable que contó con el concurso de otros actores de mucha valía. Se hizo entonces el programa número uno que lo auspiciaba el detergente ACE, aquel que hacía de todo. Yo estaba tan revuelto con tanto reconocimiento que prácticamente abandoné a mi hijo Danielito, recién nacido en 1948, por andar con mujeres y vicios, matándome yo mismo.

La Sonora y yo hicimos la grabación del primer *long play* y aquel LP fue apoteósico, pues no había rocola que no pusiese todos sus números. Radio Progreso elevó su potencia a 50.000 kilovatios (era la más potente, al lado de la CMQ) y nos escuchábamos en todos los rincones del mar Caribe. Fue así como llegó la popularidad mundial para Daniel Santos, el Inquieto Anacobero y la Sonora Matancera.

Empezaron a surgir problemas, por envidia, creo. Uno de esos problemitas se los voy a contar ahora. Era el año de 1950 y me hallaba en el Indian-Bar del Hotel Sevilla, donde también estaban unos tipos que pertenecían a un trío que acompañaba a un cantante guajiro que por desgracia encontró la muerte en la capital de mi patria unos años después.

El tipo me echó en cara que yo me la pasaba hablando mal de una artista española que había muerto por aquellos días en La Habana, lo cual constituía una burda mentira, pues yo apenas la conocía de nombre. Pero como parece que les caí mal se la inventaron y entre los tres me cayeron encima y me fajé como los buenos. Mas como ellos eran tres me empujaron por la puerta batiente de la cantina y caí en la cuneta de la calle. Allí un policía que decía era batistiano desde la primera vez que el sargento Batista tomó el gobierno de Cuba, me pateó en la cara y me partió a puntapiés el arco superciliar derecho, me dejó allí tirado e inconsciente y me llegué solito hasta el puesto de Socorro donde me tomaron puntos de sutura.

Son estas las cosas de mi vida de Inquieto Anacobero itinerante, trashumante, andador, viajero impenitente caminador y noctámbulo, noctívago de puertos y lunas y palmeras y playas y alcobas hoteleras, las que han hecho de mi vida un constante atrapamoscas de chulos, malparidos, traficantes y tratantes, guapetones de barrio y de bares, malencarados y guardaespaldas de policías y de políticos, politicastros más bien, como los que conocí en aquella Habana y aquella desgraciada ciudad de “Trujillo”, en la costa atlántica colombiana, en Caracas, en todo el Caribe, y en mi viejo San Juan.

Al día siguiente de aquel episodio llegué al estudio de filmación de una película que yo estaba rodando, que se llamó *El ángel caído*. Si se ve bien la película se observará que solo aparezco desde el lado izquierdo del rostro, pues el derecho lo tenía bien pateado. ¡Lo que los sueños llamaban una buena pateadura!

En aquel año 50 me di un viajecito a Venezuela, que después les voy a contar, pero ahora quiero seguir con otro problemita que tuve que sufrir en Cuba.

Había conseguido trabajo como cantante con Los Jóvenes del Cayo, quienes tenían a Celio González como cantante

oficial, pues era entonces la voz que más se escuchaba en toda la isla. Ellos me acompañaban durante el espectáculo e hicimos muchos programas, pero una noche, en una parranda de amigos con sus mujeres hubo una batalla campal, sí, una auténtica batalla campal. Al yo querer defenderme de uno de los hombres que me atacaba y ripostarle yo con un buen golpe (recuerden que siempre he sido muy bueno en eso), su mujer se entrometió para defenderlo y sin querer le hice una pequeña herida en la cara. Como sabían bien que yo debía evitar el escándalo, como artista que era, me chantajearon. Vino la pareja y me pidieron seiscientos dólares para viajar a Nueva York y callarse la jeta. Les di el dinero, pero no viajaron. Días después volvieron con la misma intención, pero en esta oportunidad me acompañaba un amigo de muy malas pulgas y entre los dos correteamos al marido por todo el pasillo de la RHC-Cadena Azul y tuvo que poner sus patitas en la calle.

Pero los muy maulas fueron a la estación de policía y fui aprehendido por el jefe de dicha estación, un coronel que después fue fusilado en los tiempos de la Revolución de Fidel. Me siguieron un juicio por desfiguración del rostro de una mujer y fui sentenciado a dos años de prisión.

Hablé por aquellos días con el presidente Carlos Prío Socarrás, quien era amigo mío, y este me dijo que me fuese a la cárcel y que me indultaría a los doce días de encierro y así fue. En la cárcel me trataban muy bien pues sabían que iba recomendado por el Presidente de la República, por uno de sus hermanos, Senador, y por el otro, candidato a Alcalde de la capital. Los guardias del penal me tenían gran simpatía y yo me la pasaba firmando discos. La simpatía de los cubanos, que siempre ha estado conmigo, se reveló en el hecho de las visitas y los regalos que me mandaban desde todas partes. ¡Hasta cartas de amor recibí de algunas admiradoras!

En aquellos días me dediqué a los presos más pobres: les daba velas esteáricas para sus santos, estampillas para sus cartas, algunas veces dinero en efectivo para que compraran en el comisariato del penal, les escribía cartas en inglés para Estados Unidos, obtuve películas de las distribuidoras para pasarlas a los presos, monté un coro de voces con muchos a la semana de reclusión y hasta invité a artistas amigos, nacionales y extranjeros, para presentarles espectáculos muy buenos. Vino el indulto prometido y los presos se quedaron muy tristes. Se les iba un hermano. Desde entonces juré ayudar a los presos del mundo entero, y cada vez que puedo lo hago. De aquella experiencia escribí mi bolero “El preso”, que lo cantan millares y millares de latinoamericanos.

Como Prío Socarrás quería que se viviese en paz y libertad, promulgó un decreto de amnistía para que saliesen de la cárcel los presos que había y pudiesen regresar al país algunos exiliados, entre ellos Fulgencio Batista, a quien le proporcionó una finca y un pequeño ejército de su confianza para que viviera tranquilo y en paz. Mas esta duró poco, pues el beneficiario de Prío dio un golpe de Estado desde Columbia y se hizo dictador, hasta que la Revolución barrió con él y todo aquello.

Tuve que irme de Cuba y me autoexilié en Tampa. Tuve buenos amigos. Trabajé. Me presenté en espectáculos. Pero la sangre llama y... empecé a pensar en Danielito, mi hijo, y un día inesperado me presenté nuevamente en la isla querida.

Apenas llegué a Rancho Boyeros, el SIM (el Servicio de Inteligencia Militar, quien bien pudo llamarse con mayor propiedad el SIB, pues era el Servicio de Inteligencia de Batista), me apresó en el aeropuerto y me hizo trasladar al campamento militar de Columbia. Era la 01:00 a. m. y me sentaron en un sillón en la oficina principal con dos soldados que me ordenaban mecerme, y así tuve que hacerlo. Solo podía parar cuando se levantaba el jefe mayor, que era el coronel Carrillo, o su

adjunto, creo que de apellido Mirabal. Al reconocirme este se me abalanzó, me tomó por la guayabera que llevaba y me advirtió en estos términos:

“Mira, mira lo que te voy a decir Anacobero. Ya se acabó el mando de Prío, y como tú fuiste su amigo, lo mejor es que camines como una varillita mientras permanezcas en Cuba porque si no los caporales te van a cantar una serenata.” Echaba chispas de rabia mientras yo seguía meciéndome, tal como me habían ordenado los dos soldados, hasta que les dio la gana de mandarme a casa, adonde llegué temprano en la mañana. La madre de Danielito me contó lo que habían hecho con ellos después del Golpe de marzo de Batista. El coronel Carratalá, en persona, fue a decirles que si yo volvía no regresaría al mundo de los vivos. A los pocos días de haber llegado tuve que cantar en una de las estaciones de policía sin que me pagaran ni un kilo⁷.

Volví con La Sonora a pugilatear y salí a buscar trabajo después de diferencias comerciales con Radio Progreso. Me fui a una estación que estaba en el cerro donde me dieron trabajo para cantar con un conjunto tipo Sonora que dirigía Luis Santi. ¡Sorpresa la mía cuando supe que el gerente general de la estación era nada menos que el control Ugalde Carrillo, el mismísimo del SIM! Una vez me llamó a su oficina, puso el revólver debajo de su jipijapa y comenzó a hablarme como en un interrogatorio. Me hizo saber que como yo había sido amigo de Prío debía simpatizar con el movimiento que había iniciado Fidel Castro. Yo no respondía, ni sabía qué responderle. Mas la garganta se me hizo un nudo cuando me tiró esta perla:

—Oye, Anacobero. No te mandé a buscar para hablarte de Prío, ni de Fidel. Te mandé a buscar porque tengo una chiquita que me la ha dejado en la mano un par de veces, las dos

7 Kilo: un centavo en Cuba.

veces que la he invitado, y como me tiene el coco podrido yo creo que tú puedes escribir una canción de mi problema con ella... ¿Crees que le puedo hacer ese regalo? Recuerda que me tiene el coco podrido, Anacobero.

¿Qué podría hacer yo? ¿Negarme? Y claro que le dije que sí, pero mirando hacia el sombrero jipijapa debajo del cual tenía el arma, le pregunté.

—Oiga, coronel ¿porqué usted para hablar conmigo pone la pistola sobre el escritorio y la tapa con el sombrero?

—No chico, no te preocupes, que es una vieja costumbre mía.

La breve frase la dijo suavemente, como una madama. Pero de pronto pareció transformarse cuando comenzó a gritar:

—Y también porque estoy recordando el otro día cuando los coñoemadres esos de Fidel atacaron el Moncada y yo no estaba en aquel momento. Cuando llegué vi a los maricones esos tirados en el suelo, heridos, que me pedían que les llevara médicos. Fíjate, que los carajos querían que les llevaran médicos porque estaban heridos. ¡Qué médico, ni qué carajo!, les dije. Lo que yo hice fue ponerlos fuera de su miseria a puro tiro en las cabezas.

Sentí náuseas y me retiré de su oficina.

Para zafarme de todo aquello aproveché un contrato de Venezuela por dos semanas y me vine tan rápido como pude, prometiendo, claro está, el más pronto regreso, a fin de hacerle el regalito que quería el asesino. Viajé a Caracas por dos semanas y me quedé un año, doce meses, cincuenta y dos semanas, trescientos sesenta y cinco días. Desde Caracas, Maracay, Valencia y Maracaibo seguía con interés y simpatía la Revolución cubana. ¿Por qué no? ¿No había tumbado Batista a mi amigo Prío y su Movimiento no era lo único efectivo y contrario a aquella dictadura?

Fue por ello que en una cantina de Maracay escribí lo que dicen llegó a ser casi un himno para los soldados del M-26

de julio. Entonces, en Venezuela, nadie quiso grabar mi Sierra Maestra. Era natural. Se vivía bajo la candidatura de Marcos Pérez Jiménez y este era amigo de Batista. Lo logré en Estados Unidos, donde, en Nueva York, conocí un loco que no creía ni en la luz eléctrica. Me grabó el número y me pagó el sueldo con discos ya terminados. Los muchos exiliados del 26 de julio y cubanos sin militancia política me ayudaron a vender, regalar y pasar discos a Cuba, a través de los partidarios que Fidel ya tenía, para aquel momento, en la aduana.

“Préstame tu bandera, charro” (1960) sigue la misma línea de “Sierra Maestra” (1957).

Uno de mis discos llegó hasta las manos de Fidel en Sierra Maestra y según me dicen sirvió de base musical a Radio Rebelde.

Solo salí de Venezuela después de la caída de Pérez Jiménez. Me fui a Puerto Rico y Nueva York. Me hallaba en San Juan cuando llegó la buena nueva de que la Revolución cubana había triunfado. Fidel entró victorioso a la capital ocho días después de la huida del dictador. La Revolución acabó con los casinos, la prostitución, los proxenetas y todo lo que Fidel llamó la lacra que estaba acabando con el pueblo. Hubo juicios populares, hubo ejecuciones, hubo encarcelamientos y el pueblo recibió a Fidel como padre de la nueva patria. Y como libertadores a Camilo y al Che. Yo me encontraba el día 8 de enero de 1959 en el techo de la Radio Progreso mirando el desfile, el ingreso triunfal de aquel hombre en La Habana. Todo el pueblo lo recibió como a su héroe, su hermano, su padre. En todas las cosas colocaron carteles que decían, esta es tu casa, Fidel. Era el héroe cubano. Era un héroe para el mundo entero, inclusive para quienes hoy lo denuestan, lo escarnian e insultan.

Una noche en el Casa Blanca

Vine de Cuba hasta Venezuela y canté en el Casa Blanca. Recuerdo con mucha nitidez una anécdota del lugar. Los empresarios eran los hermanos Cortez, personas muy distinguidas y de buenos modales, incapaces de una procacidad. En el *show* cantaban dos mexicanas. Y de pronto a uno de los Cortez se le ocurrió lo menos cortés del mundo cuando se le dice a una mexicana, y así de buenas a primeras.

Estábamos todos, artistas y empresarios, sentados a la mesa, una mesa muy larga donde era imposible conversar con los de los extremos, cuando se levantó indignada una de las manitas, al tiempo que casi le lanza una copa de champaña al señor Cortez en la cara. El empresario la había invitado a tomar un trago, pero a la venezolana. Y eso de invitar a una mexicana a “echarnos un palito” es realmente ofensivo. Para fortuna yo estaba cerca e intercedí al explicarle a mi colega azteca que en Venezuela esa frase no tiene el mismo significado que en México, en tanto que en Puerto Rico tiene las dos acepciones. En mi tierra se dice vamos a darnos un palo o vamos a tomar-nos un palo, más la frase tiene dos sentidos, depende de cómo se diga y a quién se le diga.

Siguió la fiesta, una fiesta a todo dar, como las que se hacen en Caracas. Un pollito entonces, Aldemaro Romero, dirigía su propia orquesta, y amenizaba aquella noche en la que yo era el

artista invitado. Me fui al camerino y como quise impresionar al público, volví a escena con tremendo liquiliqui⁸ blanco. Me presentó el joven Aldemaro Romero, hoy todo un señor batuta director de la Sinfónica de Caracas. Y como siempre ha sido en mi vida artística, también una noche en el Casa Blanca, varios días después del incidente del señor Cortez con la mexicana, se armó la bronca cuando yo estaba entre tandas y esperaba en la barra dándome un trago, cuando llegó un soldado ebrio que empujaba a todos los presentes. Empezó una discusión conmigo, hablé hasta que me cansé y lo mandé a la mierda y seguí caminando, pues venía ya el segundo *show*. Cuando terminé me fui al hotel donde me hospedaba y me acosté contento, estaba feliz porque la Orquesta de Aldemaro era una maravilla y porque todo había sido un éxito rotundo.

Al día siguiente recibí una llamada de la policía para que me presentara a sus oficinas. Eché pa'lante, pues no había hecho nada malo.

—¿Recuerda haber tenido una discusión con un soldado en el bar del Casa Blanca anoche, o mejor, esta madrugada a la una?

Como me había tomado unos sesenta tragos y me quedaba todavía el guayabo, tuve que escudriñar dentro de mi mente, y por fin me vino la luz.

—¡Ah, sí señor! Pero como estaba completamente borracho no le hice nada, sino que lo mandé a la mierda.

—¿Y acostumbra usted mandar a la mierda a las personas?

—Bueno, no, no señor. Pero cuando me joden mucho y pierdo la paciencia...

Fue cuando el jefe policial me interrumpió:

—¿Perdió usted la paciencia con el soldado?

—Bueno, no mucho. Seguí caminando porque era mi turno para cantar y no le hice caso.

8 Traje típico venezolano.

—¿Podría reconocer usted cómo estaba vestido el soldado? ¿De uniforme? ¿De uniforme como este?, interrogó al tiempo que me mostraba una chaqueta ensangrentada.

Mi asombro fue tan grande que hasta la voz se me partió. Me limité a responder durante un intenso interrogatorio:

—No, señor. No puede ser. No puede ser.

Por fin se convencieron de que decía la verdad y me dejaron ir al hotel.

¿Qué había pasado? Nada menos que el mismo soldado borracho con quien yo discutí en el Casa Blanca fue muerto a rolazos frente a la puerta de su casa cuando yo dormía plácidamente. Lo hallaron desfigurado.

Bombitas para Pérez Jiménez

El año 51 estaba en Cuba, en el 52 debuté en Colombia, el 53 en México y Perú, el 54 me hallaba en Puerto Rico, el 55 en Nueva York y el 56 seguí en Estados Unidos hasta que en 1957 acepté venirme a grabar con Discomoda en Venezuela. Un día, cuando grababa, me tropecé en la tienda de discos con una muchacha que... ni bonita era, más bien “dentuda”, como les dicen, pero era muy mujer en todos los sentidos, una muchacha muy seria, muy joven, a pesar de que tenía ya seis hijos. Decidí ponerme a vivir con ella y sus niños, a los que llegué a querer como si fueran míos. Viví un año con ella. Un año de tranquilidad y de poco trabajo. La cosa empezó a agitarse en la calle contra la dictadura. Yo ni cuenta me daba, pero la gente me informaba que Pérez Jiménez estaba acabando con el pueblo. Que las torturas a los presos políticos eran bárbaras. Si sé que por aquellos días a Beny Moré lo hicieron preso —lo detuvo la Seguridad Nacional— porque le pegó un tubazo a un representante de artistas, y que al argentino Genaro Salinas lo

hallaron muerto en la vía pública, y cosas así. Pero yo le achacué su muerte a su propia vida.

Iba con frecuencia a Maracay. Una vez regresaba del Hotel Maracay con mi representación, donde escribí la letra de Sierra Maestra, que por supuesto hice en la cantina de aquel magnífico hotel. Casi llegando adonde yo vivía en Caracas, entre las esquinas de Sordo y Guayabal, cuando nos detuvieron unos estudiantes que pusieron la más grande bola de boliche contra el parabrisas del carro y en tono más que amenazante. Como nos identificamos, nos dijeron que marcháramos sin parar hasta llegar a nuestra casa. Apenas llegué, le puse una tranca a la puerta y como vivíamos a ras de la acera, nos fuimos todos hacia el patio, donde pasamos dos días jugando al dominó y bebiendo vino con los hermanos de mi mujer. Menos mal que lo hicimos así, pues minutos después empezó un tiroteo en aquella cuadra de Padre y Dios mío.

El primero de enero de 1958 estábamos jugando al dominó en el patio cuando de pronto vimos unos aviones militares en el cielo.

—Como le tengo tanto miedo a los aviones, les dije, yo admiro mucho a esos muchachos pilotos. Creo que son superguapos.

Oímos muy nítidamente los ruidos de las bombas al caer. La verdad era que tiraban unas bombitas para amedrentar a Pérez Jiménez, quien estaba con un pequeño grupo de sus oficiales en el Palacio Presidencial de Miraflores. Y yo los miraba como un zángano, sin saber, sin darme cuenta de que el movimiento insurreccional antipérezjimenista estaba llegando a su apogeo.

Al otro día Pérez Jiménez habló por radio y televisión y ofreció arrancar cabezas al por mayor a los responsables de las bombitas. Ese mismo día busqué la forma de llegar hasta el aeropuerto de Maiquetía, que abrieron para que pudiesen salir algunos extranjeros. Aproveché un vuelo que iba hacia el norte, y me fui de Venezuela por ocho largos años, ya que no

se me daba visa para las presentaciones que se me ofrecían por contrato. No se me dejaba entrar porque dizque yo era comunista, según unos, y según otros porque había violado a la hija de la mujer con quien vivía, que era toda una señorita de 18 años y tenía un novio guapo y celoso. Ni una cosa, ni la otra, pues tampoco he sido comunista. Así lo pretendió también el gobierno gringo y le salió el tiro por la culata en un juicio entablado en su propio territorio. Repito que no soy comunista, sino un nacionalista puertorriqueño consciente, pero respeto todas las ideologías y todas las creencias de todo hombre sobre la tierra.

El 23 de enero en Puerto Rico

En 1958, después que logré irme en los primeros días de enero a Miami, donde vendí los discos de Sierra Maestra, me fui a Puerto Rico donde me casé nuevamente por la izquierda. Monté casa en Villa Palmeras y empecé a formar un club de jóvenes estudiantes, muchachas y muchachos, que mi compañera me ayudó a formar. Se reunían en mi casa a estudiar Inglés, Gramática, Canto, Teatro y los deberes y derechos del ciudadano. Los domingos nos íbamos todos en gira por los campos y las playas. Cuidábamos de la comunidad de Villa Palmeras y hasta protestábamos airadamente cuando la autoridad del barrio no hacía caso a nuestros planteamientos en bien de todos.

Aquel año de 1958 fue conmocionado por el derrocamiento de Pérez Jiménez en Venezuela y el surgimiento de un poderoso movimiento popular. La prensa puertorriqueña se hacía eco de la nueva situación en la patria de Bolívar. Pero había mucha distorsión y mucha manipulación en las noticias provenientes de Caracas. Sobre todo, cuando el pueblo caraqueño repudió a Nixon lo que se decía como un *ritornello* era que

los comunistas estaban a punto de tomar el poder, olvidándose de quién había sido Nixon en la administración Eisenhower y de que este había hecho doctor honoris causa en Columbia al dictador aborrecido.

El 23 de enero de 1958, pues, se celebró en Puerto Rico como en otros países latinoamericanos. Una prueba más de que somos latinos y no gringos, católicos y no cuáqueros, y que preferimos nuestra lengua española (tan maltratada por el colonialismo) a la lengua de Shakespeare.

Pero hubo inmediatamente otra fecha que conmovió hasta los cimientos de la isla. Fue el primero de enero de 1959, cuando huyó Batista de Cuba. La Revolución cubana había triunfado y este solo hecho abrió ancha esperanza en todos nuestros pueblos. En un vuelo especial nos fuimos el líder de la Liga Socialista puertorriqueña, Juan Antonio Corretjer, gran poeta, Oswaldo Agüero, un comentarista de Radio y TV, otros periodistas y yo mismo. Llegamos a Cuba a las seis de la mañana del cuatro de enero.

En Puerto Rico con el Gobernador

En 1968 ganó las elecciones el nuevo Partido Progresista al Partido Popular Democrático, uno de los dos partidos que apoyan la condición colonial de mi patria.

El Partido Popular es un poco más liberal, pero con las mismas miras de que mi patria siga siendo propiedad de bienes raíces de los gringos. Venía del Ecuador (donde ustedes sabrán todas las peripecias que me ocurrieron) y se me contrató para trabajar un día especial, especialísimo me dijeron, en un hotel adonde van los más ricos turistas. Fue la Asociación de Productores de Puerto Rico la que montaba el espectáculo. Cuando ya estaba en funciones, ingresó el gobernador Luis Ferré, del Partido Progresista, y como les conozco a todos

como vasallos me preparé para que el espectáculo realmente fuese en grande y diese comida para los chismes y los comentaristas. Alguien se me acercó para informarme que el gobernador estaría en la función y que el espectáculo sería transmitido por televisión a toda la isla. Preparé bien una de mis canciones que sé ellos juzgarían subversiva, “Sin Bandera”, de don Pedro Flores.

Al fin llegó la hora, el programa estaba listo. Los grandes vasallos estaban en primera fila, de cara a las cámaras de TV. Canté varias canciones populares, una que otra guarachita, pero de pronto me miraban y comentaban seguramente acerca de mis ideales nacionalistas de redención. Salió la trompeta con El Jibarito como introducción a mi mejor parte. A lo mejor ellos creyeron que yo les iba a cantar Rafael, que sí sabe a canción puertorriqueña, pero ellos se han adueñado de esta como si fuese realmente el mundo de Puerto Rico. En verdad que ellos no la consideran como una auténtica canción de mi pueblo, sino como un vehículo que sirve también para la manipulación, pues describe a los puertorriqueños como unos infelices muertos de hambre y analfabetos. Fue entonces cuando a voz llena entré al escenario con “Sin Bandera”.

“¡Ah si mi patria tuviera su propia bandera desplegada al sol.”

Las cámaras de la TV captaron la mueca que hicieron los gobernadores entre sí, pero no podían marcharse porque las cámaras seguían fijas en sus rostros transmitiendo su nerviosismo. El pueblo se dio cuenta de todo.

Después del espectáculo, cuando me tomaba un trago en un cafetín, sentí que varias personas me daban simultáneamente palmadas en la espalda. Me voltéé y escuché entonces a uno de mis saludantes decirme: “—Oye, Anacobero, o eres guapo o eres loco. Vimos el programa por televisión. ¡Y nos gustó!”.

〔Panamá en dos etapas〕

He podido decir, escribir, digo, Panamá en todas las etapas de mi vida, por la muy simple razón de que Puerto Rico, Cuba y Panamá han sido para mí la constante de mi trashumancia, de mis devaneos, de mi peregrinar, de mis bonches y vacilonos, mis cosas buenas y malas, mis andares entre tragos y mujeres, mujeres y tragos, y porque, digámoslo de una vez, son estos tres países los más azotados, los más sufridos por causa del Imperio. El Puerto Rico mío, porque aún lleva una espuela del águila en las entrañas; Cuba, porque hasta el primero de enero de 1959 estaba plateada por el águila, y Panamá, encrucijada del mundo, hasta que mi compadre y amigo, el general Omar Torrijos, le afeitó las uñas con los tratados canaleros.

Panamá, la primera vez que actué allí fue en la ya desaparecida Radio Centroamericana, en el parque Lefebre. Esto fue en 1947. Pero dos años más tarde, en 1949, canté en el Toldo Tibiritábara con la orquesta de Marcelino “fenómeno Torrijos”, que en verdad fue un cataclismo político en el Istmo, y no solo en el Istmo, sino en toda Centroamérica, en el Caribe y en América Latina. Jamás, en el siglo xx, desde que Panamá se hizo república independiente, después de formar parte del territorio de la Gran Colombia, y antes del Virreinato de

Nueva Granada, hubo un hombre como Omar Torrijos que alcanzase tal dimensión.

Yo había conocido al hoy coronel Antonio Suárez, de la Guardia Nacional, quien me habló de la idea de hacer un LP en favor de los intereses de los trabajadores panameños. Fue cuando conocí al general Omar Torrijos, con quien hice una amistad respetuosa de mi parte y afectiva de la suya. Empecé a escribir las canciones que llevaría el LP, con la ayuda del general Torrijos y del propio Suárez. En aquellas canciones se hablaba de los problemas y las alegrías de la Revolución Nacionalista Panameña.

En aquel LP hay canciones dedicadas al líder de la Revolución, al general Torrijos; a los campesinos, a los pescadores, a los negritos de Colón, a los indios, a los trabajadores, a la Virgen patrona del país, a los barrios. La favorita del general fue siempre “Virgen de medianoche”. Desde entonces trabé una buena amistad con el general, pues él hizo una revolución para que su patria no dependiera de nadie, para que no fuera como mi Puerto Rico, que desde 1492, con Colón y Ponce, hasta hoy, ¡qué vergüenza!, parece condenada a ser la jíbara con cadenas.

Taboga, Taboga mía...

Fue en la isla de Taboga donde me la encontré. Ella estaba en un balneario. La conocí en una mesa del café del hotel. La invité a un aperitivo y aceptó. Después de varios tragos vino la cama, como suele suceder. Ella estaba en lo suyo, y acaso por eso me hizo un cuento.

—Yo no estoy acostumbrada a esto, pero tengo necesidad de dinero.

Durante aquella noche estuvo haciéndome cuentos. Pero después frecuentó mi habitación en El Panamá, no sin

antes hacer su actuación mayor. Fue cuando simuló su suicidio. Le prometí que cuidaría de ella desde entonces, y así lo hice, pues me gustó y me casé. Pensaba llevármela a Puerto Rico, pues pensaba entonces residir un tiempo en mi patria. Después de un tiempo de negociaciones con la Embajada de Estados Unidos en Ciudad de Panamá pudimos irnos a San Juan. Alquilé una casa en una playa y decidí vivir allí, porque mientras yo buscaba la felicidad ella procuraba su seguridad. Perdí algún tiempo organizando la nueva casa y enseñándole el modo de vivir en Puerto Rico. La llevé conmigo en algunos viajes breves y la presenté a mis amigos. Un día recibí un contrato del extranjero. Tuve que dejarla, más con el temor de que viviría sola en una playa solitaria, razón por la cual hablé con la estación de policía, a fin de rogarles que la ronda nocturna vigilase mi casa y velase por mi nueva mujer. Me fui de viaje y la dejé con una sobrinita. A los pocos días la sobrinita volvió con la familia y ella quedó sola nuevamente. Fue cuando hizo amistad con los policías de la ronda. Fue tan grande aquella amistad que ¡la policía entraba como Pedro a mi casa! La moza se entretenía y convirtió mi casa en un burdel.

Sí, en un auténtico burdel. Creo que por allí pasaron todos los policías de la ronda, más los que ellos invitaban. Cuando regresé, varias personas del sector parecían decirme lo que estaba sucediendo en casa, lo que había ocurrido durante mi ausencia. Al llegar no le dije nada, nada le reclamé. No hice el menor comentario, ni siquiera que en el maletín traía un nuevo contrato, esta vez para Colombia. Días antes de viajar la invité para llevarla a Panamá, “para que veas a tu familia”, le dije, con la promesa de que regresaría a buscarla. Cuando allí llegamos, al mismo hotel El Panamá, aún con el equipaje en manos de los camareros, fuimos a la cafetería. Y como debía seguir viaje a Colombia, había dejado mi equipaje en el auto que nos llevó al hotel. Cuando traían el refrigerio solicitado, fingí ir al baño.

Di una vuelta y tomé nuevamente el taxi. Un año después volví y fui a la oficina del Ministro donde ella trabajaba para entregarle el documento de divorcio a cambio de quinientos dólares por su “molestia”. Ya vivía con otro. Era su barragana. Pero yo tenía una novia colombiana, mi divorcio y unas ganas enormes de no volverla a ver. ¡Por puta! Y así lo hice.

¡Cuidado con los tragos indígenas!

En 1947, en mi primera visita a Panamá, me alojaron en el mejor hotel de la época. Era carnaval. Camino al hotel le dije al chofer que me consiguiera un traguito, pues necesitaba estar a tono y los vuelos me enferman de miedo. Venía muy tenso e iba a actuar casi inmediatamente. En aquel tiempo había una “nota” en Panamá. Un trago original de San Blas, de los propios indios. Como el trecho era bastante largo tuve el tiempo de probarlo. Apenas llegué al hotel y subí a la habitación tuve que abandonarla sin abrir las maletas. El trago era tan bárbaro que tuve que salir a la calle a buscar una cerveza helada para calmar una sequía saharauí que tenía en la garganta. ¡Así no podía cantar! Caminé bajo el sol candente de aquel febrero terrible en busca de mi cerveza. La veía rubia, lozana, burbujeante, fresca, redonda como el sol, amarilla como un durazno, apetitosa como una nalga de Marilyn Monroe. Casi todo estaba cerrado, pues era la hora de la siesta. Y la siesta panameña es una cosa tan seria como un ataúd. Al fin hallé una puerta entreabierta en una cantina de un barrio caliente de Ciudad de Panamá, adonde van los Pedro Navajas de Rubén Blades. Con ellos bebí, no una, sino varias Marilyn, más rubias que Marilyn, a quien Dios tenga en la gloria con su glamour, su belleza y sus posaderas, las más lindas que hombre haya visto sobre la tierra.

De aquel viaje a Panamá de 1947, además de un trago, una “nota” espantosa, quiero recordar la honra que tuve de coronar a la reina de belleza y la de que me acompañara el gran pianista panameño, ya fallecido, Avelino Muñoz.

Mi compadre Torrijos

La amistad que mantuve con mi compadre el general Omar Torrijos, mi fe en su Revolución, vindicadora del sojuzgamiento de mi patria Borinque, vale mucho más que la traición de la que conocí en Taboga.

Llegué a trabajar en El Sombrero cuando fui llamado al Departamento de Hacienda del nuevo gobierno que acababa de instalarse, pues el 11 de octubre de 1968 Arnulfo Arias, un tipo de la oligarquía que siempre gobernó desde la separación de Colombia, auspiciada por Estados Unidos, fue depuesto por un movimiento encabezado por el entonces coronel Omar Torrijos. Estábamos en 1969 cuando un funcionario me interrogaba acerca del dinero que yo debía al casino del Hotel Panamá. Hice memoria y recordé que me “prestaron” mil quinientos dólares que perdí en la ruleta. Había unos vales firmados por mí, después de haber visitado por varias horas los calabozos del DENI (Departamento Nacional de Investigación), cuando un amigo abogado se responsabilizó del asunto bajo la promesa de que yo reintegraría al Estado el monto de la deuda. El trastorno fue más o menos siete años antes. Yo había mandado el dinero al dueño del cabaret para que a su vez lo entregara al casino. Es fácil adivinar lo ocurrido y quién se quedó con el dinero. El gobierno, el nuevo gobierno revolucionario, le había caído a todos aquellos que estafaron los casinos del Estado, a todos los que impunemente se habían ido sin pagar. Para peor suerte mía, el investigador llamó al sujeto a quien yo le había girado el monto de la deuda, quien comenzó

por negar mi verdad. Pero el Ministro de Hacienda, quien llegó a ser un buen amigo, y el entonces Mayor Suárez, intercedieron por mí. Todo se arregló cuando el sujeto de marras confesó la verdad. Y es cuando conocí al líder de la Revolución panameña, al entonces Coronel y hoy General, que en paz descansa, Omar Torrijos. Fue cuando hicimos el disco del que ya les conté la historia.

Volví a Taboga en compañía de oficiales de la Guardia Nacional afectos a Torrijos. Caminé todos sus caminos. Había un cielo verdoso que se confundía con las aguas esmeralda de un mar que acaso no haya en otro lugar de la tierra. En este mundo de Dios, por donde he andado con mis canciones, acaso no haya una isla como Taboga. Caminé y escribí con el pueblo panameño en mi mente.

Fue el gran arreglista Clarence Martín quien llevó mis canciones al pentagrama. El conjunto que hizo la pista sonora fue reclutado de entre los músicos de la Guardia Nacional. Allí estaban los mejores de Panamá, pues antes de la Revolución no había trabajo para ellos y todos los mejores tenían que parar en la Guardia. Durante la grabación tuve dos sorpresivas visitas del general Torrijos: una, cuando me hallaba en la cantina del Hotel Panamá escuchando la maravillosa música del órgano que una vez perteneció al Radio City de Nueva York, y la segunda en otra oportunidad. En la primera, cuando empezaba a organizarse el gobierno y se acusaba de comunista a uno de sus ministros, el general Torrijos me preguntó:

—Anacobero, ¿qué clase de gobierno o qué tendencia le ves a mi gobierno?

—General —le respondí—, a mí me parece que su gobierno es un gobierno patriótico y nacionalista.

Y le añadí, “como yo lo quisiera para mi patria”.

Hablamos un poco más y pronto se marchó en compañía del mayor Suárez sin que me hiciese ninguna otra pregunta. Me quedé en el bar y escribí otra canción que también está grabada en el disco de la revolución panameña.

Al terminar el contrato me fui del país y regresé varias veces, todas a expresa solicitud del general Torrijos, quien se hizo mi compadre, pero por qué fuimos compadres lo sabrán al final del capítulo.

Nunca le canté gratis, pues no lo permitía. Siempre se hacía asegurar de que se me pagaba por mis servicios.

Recuerdo una vez que íbamos el mayor Suárez y yo en un *jeep* por la avenida Ancón, la que divide el territorio panameño del norteamericano. El lado yanqui estaba bien cuidado, con sus casitas bien pintadas y la bandera que pisotea mi país, ondeante, la de las barras y las estrellas. Era agradable ver la grama bien cortada. Al frente, del lado panameño, los barrios pobres, el Marañón, con sus calles llenas de basura y sus barracas de madera. Y esto no era lo peor. Había también los negros desempleados deambulando de un lugar a otro sin hacer nada, y los borrachos y las prostitutas, los drogadictos y todos los lazarillos, monipodios y buscones de toda laya. Los gringos, más allá de la “frontera” se reían. Rubicundos y fornidos, bien alimentados, bien cuidados, bien amaestrados, como perros de presa de su Imperio.

—No soy yo quién para decirles lo que debe tener prioridad en su gobierno. Pero con todo el respeto que ustedes se merecen les digo que es eso... y al mismo tiempo apuntaba con el índice de la mano derecha hacia los destartalados barrios panameños. Esa es la comidilla de los gringos para menoscabar y desacreditar la Revolución.

El general Torrijos, que venía detrás observándolo todo, me miró y dirigió su vista al escenario que yo le acababa de mostrar. No dijo una palabra. Se quedó mirando a sus compatriotas

como ensimismado, casi petrificado. Y yo guardé respetuoso silencio.

A mi siguiente viaje a Panamá observé los cambios ocurridos. No es que el general me hiciese caso a mí, Dios mío. Él lo tenía bien pensado desde hacía mucho tiempo, pero las cosas no son fáciles en una revolución en un país atrasado y pobre como Panamá.

Una mañana, en El Farallón, casa de descanso de mi compadre el general Torrijos, cuando Jimmy Carter era todavía candidato demócrata a la presidencia de Estados Unidos, salió la imagen de este en el televisor que estábamos mirando, y yo le dije:

—Mi general, ese va a ser un Presidente bueno y comprensivo. Con ese podrá usted lograr arreglos para su pueblo y para su patria.

Tampoco esta vez el general dijo una palabra. Se echó su mechón de pelo rebelde a un lado de la cabeza y en sus grandes ojos yo presentí un pensamiento profundo.

Muy pronto empezaron las conversaciones bilaterales en Washington. Y todo el mundo conoce los resultados, los buenos resultados para Panamá. Si no hubiese muchas cosas por las cuales mi compadre pasará a la historia de Panamá y de América Latina, basta una: la recuperación de la zona del Canal y la del Canal mismo desde 1999, es decir, en los próximos diecisiete años.

Para mí, nada político, sino Inquieto Anacobero, ese es el suceso del siglo en América Latina.

En otra oportunidad le pregunté:

—Mi general, ¿y usted por qué cambia con tanta frecuencia a sus ministros?

A lo que el compadre Torrijos me respondió:

—Daniel, tú sabes cantar. Yo trato de gobernar y cuidar de mi patria y de mi pueblo. Lo hago así para que no se afiancen en posiciones donde después prácticamente es imposible sacarlos porque se hacen “indispensables”, se convierten en hiedra, en estalactitas de una caverna. Además, una vez hechos los “indispensables” roban con las dos manos...

Desde entonces no le pregunté más acerca de las cosas de su gobierno, aunque ganas no me faltaron.

Fuimos tan buenos amigos que nos hicimos compadres de palabra. Yo estaba casado con una colombiana, con la que tuve un hijo, David, y le dije al general que me lo bautizara como Dios manda, a lo que él accedió gustosamente. Desde aquel día me llamó “el compadre Daniel” y yo le decía “compadre Torrijos”. Pero la madre del niño aprovechó una de mis ausencias viajeras por compromisos artísticos, bautizó al niño y le puso de padrinos a unos de sus amigos, que yo no conocía. ¡Qué rabia, amigos, le hacen pasar a uno las mujeres, inclusive las más buenas!

Volví varias veces a Panamá y nunca le recordé el sagrado compromiso bautismal, pero él siempre me preguntaba:

—Compadre, ¿cuándo vamos a bautizar al niño?

¡Qué vergüenza! Yo no podía hacer nada, ni siquiera responderle.

Murió desgraciadamente, pues era un estorbo para los planes de dominación del Imperio en esta América que “reza a Jesucristo y aún habla en español”. Murió llamándome compadre, a mucha honra para el Anacobero.

Si su madre no hubiera sido tan lerda, mi hijo David sería ahijado de uno de los hombres más grandes de América Latina en este siglo.

{ Ecuador no solo es una línea }

Llegué a Guayaquil, Ecuador, por vez primera en 1956 contratado por un señor Romero para su teatro Apolo. En el debut me acompañó la orquesta Costa Rica Swing Boys. La presentación fue todo un éxito, pero al tercer día sentí que la voz se me caía y di excusas al público por no poder seguir cantando después de haber interpretado dos o tres números. Aquello fue como tirar un fósforo encendido en un polvorín, allí llaman a la galería panagra, como la vieja línea aérea subsidiaria de Panamerican, que viajaba al sur. Y fue más o menos una violenta galaxia la que se formó en la panagra, que como bien se sabe es el sitio favorito de los muchachos a quienes nos gustó la yerba: cuando apagan las luces para dar inicio al espectáculo parece una sala llena de cocuyos. Se volvieron literalmente locos. Empezó una batahola increíble, una guerra destructora. Las butacas fueron arrancadas de cuajo y palos y astillas volaban por el aire. Le pegaron fuego a las gradas. Hubo tiros, botellazos, silletazos, y destrozaron la pantalla panorámica que para la época valía un díneral. Ante aquella situación, que yo no esperaba, me metí en el camerino y le puse el seguro.

Cuando tocaron a la puerta del camerino y me invitaban a salir les respondí que eso para mí estaba en inglés (yo no conozco a los públicos) y que si no mandaban a buscar un pelotón del ejército no saldría. Y, efectivamente, llegó el ejército

y calmó la escena. Un pelotón al mando de un capitán me acompañó hasta la salida con la promesa de llevarme hasta el hotel donde me hospedaba.

Grande fue mi sorpresa cuando me metieron en un panel verduzco con seis soldados y el Capitán se puso adelante con el chofer. Dos soldados se quedaron en un peldaño de la guagua. El chofer iba como un loco. Corría a una velocidad vertiginosa, pero aún así logré divisar el hotel donde me alojaba y comprobé también que siguió de largo a destino desconocido. Fue cuando a través de una ventanilla que daba a la cabina le dije al Capitán:

—Capitán, Capitán, ¿no se fijó?...

—¿Me fijé en qué?, preguntó a su vez el Capitán.

Y yo:

—El hotel, Capitán. El Continental, adonde llegué.

—Sí, lo vi, pero antes tenemos que ir al cuartel a llenar un acta acerca de lo que ha pasado... usted sabe, es la ley.

Y así llegamos al cuartel. Me metieron en una oficina donde se me interrogó. Recostado al marco de la puerta había un hombrecito que me miraba con sorna. Hablaba con unos soldados, pero no atiné a saber de qué hablaban, pues lo hacían en voz muy baja. El Capitán se marchó después de dar algunas órdenes. El salón de los oficiales del cuartel modelo donde me encontraba quedaba al fondo del complejo de celdas y dependencias como una cárcel cualquiera. Al final del interrogatorio me asignaron una celda que solo al ingresar en ella me percaté de que no tenía ventanas, ni lavamanos, ni sanitario, ni siquiera un taburete para sentarse. ¡Aquello hedía a mono!

Desde mi celda podía divisar las otras donde se hallaban los delincuentes comunes de los bajos fondos. En aquellas celdas había más o menos veinte detenidos en cada una, casi desnudos, rateros, marihuaneros empedernidos, borrachos, homosexuales, locos (pero locos de verdad), entre estos uno que al

enterarse de que yo estaba allí en condición de preso comenzó a cantar imitando mi voz y usando como micrófono una escoba. La presentación que se hizo fue más o menos de esta guisa:

—Señoras y señores (y los que no son nada), les presento al Inquieto Anacobero, Daniiiiiel Saaaantos...

Entre el loco que me imitaba parodiando mi bolero “El preso”, los aplausos y los gritos y una tremenda melancolía por hallarme en tal situación y tales condiciones, no me había dado cuenta de que el hombrecito que antes estuvo recostado del marco de la puerta en la oficina estaba ahora en el pasillo de las celdas mirándome con la misma mueca con que antes lo había hecho. Volví a mirar el espectáculo que daba el loco en su celda y llegaron el silencio, la oscuridad y los ronquidos de los detenidos, que con el cansancio que tenía caí al suelo y me quedé profundamente dormido.

Al enterarse el pueblo de Guayaquil de la noticia por los diarios, comenzaron a llegar al cuartel hombres y mujeres que querían hablar conmigo. Me llevaban golosinas, café, cigarrillos, revistas, en fin, esas cosas que se les lleva a los presos. Con especial cariño recuerdo a una familia que fue durante los cuatro días que estuve detenido y me llevaba el almuerzo diariamente.

Al cabo de cuatro días enfermé con un fuerte resfriado y fiebre, seguramente por la humedad del suelo donde dormía. Los guardias me trataban bien hasta donde podían. Me trasladaron a una clínica y hasta allí llegó un juez con el dueño del teatro, quien incoaba un juicio contra mí por considerarme culpable de todos los destrozos. Me demandó por 150.000 sucres, que para entonces constituían una pequeña fortuna para el pueblo. Al fin fui sentenciado a pagar una multa equivalente a cuatro dólares, pero el dueño del Apolo se vengó de esta sentencia no pagándome ni un centavo por mis actuaciones.

Entonces supe que el Ecuador no es solo la línea que divide el globo terráqueo en dos hemisferios, sino también una cárcel de lo peor que he visto en el mundo.

Mas, como el tiempo todo lo cura, doce años después, en 1968, conocería otra cara de un país al que mucho quiero y un pueblo generoso y bueno como el que más, a pesar de que un sujeto llamado Lemberg, abogado de profesión, también me hizo pasar un mal rato en Guayaquil.

El abogado Lemberg

Feria Bim Bam Bum de Guayaquil, 1968. Cantaba con muchos artistas mexicanos que estaban entonces en el grito. Allí fui contratado por un abogado de apellido Lemberg o algo por el estilo.

Por segunda vez, y en la misma ciudad de Guayaquil, habría de ocurrirme lo mismo que en 1956. Mientras los artistas mexicanos viajan protegidos por su sindicato y por sus embajadas, los demás latinoamericanos no gozamos de este privilegio. El artista mexicano cobra diariamente. Si no es así, no hay espectáculo el día que el empresario no cumple. Si lo hace por segunda vez se cierra el centro del espectáculo, y si es por tercera se cierra para siempre.

Cuando le dije al abogado Lemberg que me pagara los dos mil quinientos dólares que me debía me manifestó que muy pronto me cancelaría hasta el último centavo y me exigió, al mismo tiempo, que volviera a actuar, pues ya los mexicanos se habían marchado. Para mi mala fortuna ecuatoriana, una noche tardaron en abrir cortinas unos diez o doce minutos. Rompieron un piano y algunos micrófonos, destrozaron cables y prácticamente hicieron añicos todo aquello ante la mirada indiferente de la policía. A Dios gracias quedó un micrófono servible y con ese se pudo actuar aquella noche.

Una vez reclamé al abogado Lemberg mi dinero, pero en vez de cumplirme la promesa de pagarme al día siguiente se marchó sin dejar huella. Encabronado, y como no lo conseguía en ninguna parte, con la ayuda de buenos amigos ecuatorianos le hicimos guardia, turnándonos, durante 72 horas a la puerta de su casa. Mas el condenado Lemberg se había esfumado de Guayaquil como por arte de magia. Al fin una amigueta a quien yo llamaba mi guambrita, a la ecuatoriana, logró saber que se hallaba en una de sus haciendas en la sierra.

Planteé formal denuncia judicial, pero en el Ecuador de entonces no prosperaban las denuncias contra los dueños del dinero.

Afortunadamente, tenía algunas reservas y a mi guambrita serrana, que me enseñó una bella canción de su país:

De terciopelo negro, guambrita,
tengo cortinas,
Para enlutarme mi pecho, guambrita,
si tú me olvidas.
Si tú me olvidas, blanca azucena...

Todavía me faltaba una nueva experiencia carcelaria en Guayaquil. Fue la de 1972. Fue cuando escribí *Aguaita, guayaquileña*.

A la tercera va la vencida...

Pero no fue así. Tampoco en la tercera fue la vencida, pues volví a caer preso. Llegué a Guayaquil en julio de 1972 procedente de Colombia, donde estaba de pasada con un promotor que aún me debe más de la mitad del dinero que yo debía haber ganado de acuerdo con el contrato.

Fui a la ciudad de Esmeraldas a cantar y donde fui a parar fue a la cárcel. Cuando estaba en el escenario, una banda de

forajidos me gritaba que cantara la canción de 1956. Les dije que no tenía la música escrita para la orquesta. Fue cuando hicieron el intento de treparse al escenario, pero me protegieron dos policías que me llevaron hasta la puerta, y allí mismo los maleantes golpearon a los dos agentes mientras yo lograba entrar al auto que había alquilado en Guayaquil. Me fui al hotel, de donde no salí ni en la tarde, ni en la noche.

Al día siguiente me despertó la algarabía de un grupo en la calle y la grito ensordecedora de un locutor que afirmaba en la radio que el Anacobero se hallaba escondido en sus habitaciones protegido por el encargado del hotel. Llamé a la Embajada de Estados Unidos y vino uno de los secretarios, pero nada hicieron por mí. Así es que debí emprender nuevamente viaje. Al llegar al sitio del espectáculo, ya la gente se había marchado del baile, pero me esperaban, en cambio, los delincuentes que habían querido golpearme, pero no se atrevieron a nada, pues iba protegido por dos detectives. Solo pudieron decir que “a ese le vamos a echar bala”. Súbitamente un oficial se llevó a los artistas, incluyendo un coro de jovencitas, y a mí hasta el cuartel de la ciudad, donde los soldados se inventaron una fiesta con las muchachas hasta el amanecer, cuando por fin nos soltaron.

Cuando fui a cobrar mis honorarios, el Intendente, amigote del promotor Pío Cupelo, me negó mi dinero, alterando el contrato con un secretario que me obligaba a pagar impuestos por un dinero que no había recibido. Afortunadamente, un oficial honesto del regimiento, que era a la vez el jefe de hacienda, se dio cuenta de la trampa y estafa de que estaba siendo víctima. Me advirtió que lo mejor para mí era ausentarme del país. Al promotor lo hicieron preso y creo que le dieron su buena mano e' palos.

Después de la tercera experiencia volví al Ecuador. Y aún recuerdo a mi guambrita serrana. Y veo sus ojos negros y su largo pelo que tantas veces acaricié, así como las otras oportunidades en que fui bien tratado.

Chicago: con dos en la misma cama

La primera vez que estuve en Chicago empezó una verdadera odisea que terminó en Monterrey. Fue una verdadera odisea de amores en fila y de erotismo a muchos grados centígrados o Fahrenheit. Viví simultáneamente con la Negrita, la Flaca y la Peleona, tres mujeres que pasaron por mi vida, pues cada una tenía su cosa: o en la calle o en la cama.

Se celebraba un baile popular en un *show* del Ashaland Ballroom, en la calle del mismo nombre donde yo estaba ubicado, y decidí llegarme hasta allí. Cuando salí, ya estaba embaldado, pues me había encontrado con un muchacho músico. Quique y su novia, Marusca, y una negrita amiga de esta, llamada Tonie. Por aquel tiempo yo estaba enredado con Linda, pero no la de la canción (aunque esta Linda se jactaba en público de que el bolero yo lo había escrito para ella), sino Linda, la Peleona. Todos en el grupo gozábamos con las mismas cosas y por eso nos llevábamos muy bien.

Cuando llegué al salón, estaba repleto. Era mi primera visita a Chicago, una ciudad que te agarra por el cuello y no te deja ir. Todo fue un éxito para mí, tanto en lo personal como en lo artístico. Me enredé con la negrita Tonie por esa noche (eso creía yo). Como había terminado el baile y yo mis presentaciones, ya que solo me quedaban otras, días más tarde,

en el teatro Senate, me quedé vacilando con mi negrita, con el amigo Quique y con su novia. Cuando se acabó todo arranqué no sé para dónde, creo que para Nueva York, y después a otras ciudades.

Pero Chicago me llamaba. Regresé con Linda, quien me entregaba los billetes que a diario ganaba en el oficio más antiguo del mundo. Peleaba mucho, y por eso la apodé la Peleona. Y me pedía que le pegara cuando estábamos en la cama. Aunque no supe si alguna vez llegó a leer al Marqués de Sade o si por puro instinto. Me cansé de ella y la solté por un rato. Volví a viajar por Estados Unidos, y cuando regresé, después de un tiempo, me puse a vivir con la Negrita, Tonie. Recuerdo vívidamente que en una de nuestras salidas se nos unió Marusca, la novia de mi amigo Quique. Bebimos mucho, bailamos, comimos y fumamos en grande. Terminamos en un hotel o motel y nos acostamos los tres en la misma cama. Como quería respetar a mi amigo Quique, me viré para el lado donde estaba la Negra, pero las manos de Marusca pudieron más y tuve que hacerlo también con ella. Por cierto, era una mujer a la que no le dolía nada.

Cuando Marusca y yo estábamos en el éxtasis, se nos pegó también la Negrita, y se armó un arroz con mango que para qué les voy a contar. ¡Imagínenselo!

Al día siguiente hicimos mutis del hotel: las mujeres no sé con qué pensamiento, pero yo con el remordimiento de haberle gozado su mujer a un amigo. Pero como ella y la Negra así lo quisieron, la historia se repitió. Y como en la vida todo pronto se olvida, opté por marcharme.

A la Flaca la puse a trabajar en la barra, Linda se la buscaba en otro lado de la ciudad y a la Negrita la tenía para que fumara conmigo en la cama.

En mi siguiente viaje a Chicago vine con la Flaca desde Nueva York, donde se puso a vivir conmigo acaso solamente

por tener una aventura. Volví una vez más al grupo, esta vez con la Flaca, pero queriéndome con la Negrita, con Linda la Peleona y con Marusca. Me puse a cantar de fijo en La Tortuga, una cantina que ya no existe, como tampoco el gran edificio donde quedaba.

Entre trago y trago, en la cantina empezaron los chismes y las broncas. Casi no trabajaba y cuando lo hacía cobraba lo que me daban, pues todo me lo bebía y me lo fumaba con mis mujeres.

Fue un tiempo de tormenta.

De pronto decidí irme. Agarré a mi Flaca, me compré un Forito antiguo por 250 dólares, nos trepamos a él y tomamos rumbo a Los Ángeles. El viaje en aquel carrito por aquellas montañas desiertas (la ruta 66) era insoportable. Pero llegamos. Apenas lo hicimos regalé el carro, que había quedado inservible, trabajé un par de días y volamos a México, donde le puse apartamento.

Por aquellos días me topé con un viejo amigo venezolano, José Luis Pérez, quien tenía un magnífico automóvil. Me fui de gira por el interior con Tin Tan y mi amigo venezolano. La gira no fue muy larga, ni muy exitosa, pues a los pocos días no había dinero con qué pagar a los artistas. Cuando por fin me pagaron uno de los sueldos partí hacia Tijuana a buscar trabajo para poder vacilar en forma. Poco después regresé a México, donde me aguardaba una sorpresa mayúscula.

No sé cómo la Flaca sabía que ya había regresado a Ciudad de México, pues estaba esperándome en el apartamento. Apenas abrí la puerta se lanzó contra mí con una navaja de afeitar, me gritó ¡Ahora es que vienes!, y se cortó las venas a la altura del codo. Salió un chorro de sangre tan fuerte que me bañó en la cara. A Dios gracias que recordé lo que me enseñaron en el ejército, me quité la correa y le hice un torniquete para contenerle la hemorragia. Salí corriendo escaleras abajo

con la Flaca a rastras hacia el auto de mi amigo venezolano que estaba esperándome en la calle. La llevamos al puesto de socorro, donde la curaron. La enfermera mexicana que la atendió me cautivó por su belleza. A los dos días ya la Flaca estaba volando hacia Nueva York con las instrucciones de que esperara allá, pues debía arreglar unos negocios, y yo con mi bella enfermera, aquella linda mexicana, a cuyo lado todo se me olvidó. Ya no pensé en la Babel de hierro ni en la Flaca. Seguí rumbo a Tijuana, Monterrey, Mexicali, en la Baja California y otras ciudades, siempre en compañía de mi linda enfermera, hasta que le llegó el turno de marcharse y así lo hizo.

Yo seguí mi camino cantando, bailando, bebiendo y fumando.

「La bronca de México」

Según tengo entendido por las malas lenguas del mundo del espectáculo latinoamericano, un músico borracho, un tipo peligroso, que en su país natal goza de impunidad por la amistad que le une a uno de los políticos de Revolución mexicana, quienes, como se sabe, siguen siendo los dueños del país, al punto de que aún su voto es importante en la designación del tapado, sujeto que ha sido tratado por la novelística mexicana.

Por mi parte puedo asegurar que no tuve jamás un encuentro con él hasta que una noche, y en un centro nocturno que era propiedad de uno de sus empleados —30 minutos antes de empezar el espectáculo, del que yo formaba parte—, hallándome en mi camerino con el representante de la agencia artística que me representaba, tranquilos y conversando amablemente, apareció en la puerta, que está abierta, nada menos que el músico.

Se hallaba totalmente ebrio y hasta las cachas de cocaína. Me saludó con un empujón y me ordenó:

—Anacobero, aquí traigo a mi mujer y quiero que la beses; así que ya sabes, la besas...

La había dejado unos pasos atrás, en el pasillo, con uno de sus amigotes, cuyo nombre no recuerdo.

—Oiga, mijita, le dijo el músico. Aquí está el Anacobero.

Apenas ella se asomó a la puerta, el amigote me tomó por el brazo y me arrimó hacia ella.

No tuve más remedio que decirle:

—Tranquilo, muchacho, tranquilo, que la señora se va a enojar con tus chismes.

—Oye, Anacobero, no te preocupes, que ella no se enoja y te ordeno que le des un beso.

No sabía qué hacer. No conocía a la dama. Estoy seguro, hoy, de que no era su esposa, ya que la mujer era muy joven y él tenía un hijo ya hombre. Es todo cuanto sabía de la vida íntima de ambos.

Al fin besé a la dama en una de sus mejillas. Inmediatamente el músico me empujó y caí con las posaderas en el sillón donde estaba.

No me daba cabal cuenta de la situación. Un muchacho que estaba en el camerino me hizo señas de que no les hiciera caso. Al fin, el músico tomó a la mujer por el brazo y se fue con su amigote. Se encaminaron hacia la parte de atrás del edificio por el pasillo por donde habían venido. Diez minutos más tarde estaba vociferando:

—¿Dónde está ese Anacobero, extranjero? ¿Dónde? De esta tendrá que irse del país con sus bártulos y su Linda. Lo voy a sacar a tiros.

Yo me hallaba en ese momento en el camerino de las muchachas que comentaban el incidente.

Para fortuna, una de ellas me indicó que me fuera por una escalera que daba a la entrada del espectáculo. “Escóndete, me dijo, que va loco y lleva pistola”. Más adelante sentí unos tiros y fue en el mismo momento que le preguntaba a un bongocero que ensayaba a solas dónde me hallaba yo, dónde estaba El Anacobero. Y como el músico no supo qué decirle él zumbó un tiro a las piernas que afortunadamente solo sirvió para amedrentarlo.

Bajé la escalera que daba al escenario y me acomodé en un sofá en una esquina que estaba como boca de lobo. Allí el músico no me podía ver. Seguía preguntando en la oscuridad: dónde está el Anacobero, dónde, dónde está. De pronto gritó con voz estentórea:

—¿Dónde está la salida, dónde carajos? Aquí no se ve ni una chingada.

Sin que él pudiera verme, yo mismo le empujé hacia la salida de la sala de espectáculos. Una vez que estuvo fuera, me senté en la parte más oscura, todavía con miedo, y así me evité una desgracia.

Ya dentro del espectáculo, que había echado a andar, el músico subió al escenario y abofeteó a una de las mujeres. El director no le contestó, pues lo tenía encañonado con una 45. Pero en ese mismo momento subió uno de sus compadres, como dueño del sitio y lo bajó del escenario, le quitó la pistola y con ella misma le dio en la cara.

—¡Ah, caramba, compadre! ¡Usted me pega después de lo tanto que le he ayudado! ¡Págueme los 40.000 pesos que me debe!

Se montó en su carro y se fue.

Al poco rato regresó con una carabina 30-30 y empezó a disparar contra la fachada del cabaret. Adentro se escuchaban las detonaciones y se formó un corre-corre entre el público empavorecido y los artistas que actuábamos.

La gente se fue en sus automóviles. Yo hacia mi hotel, el lugar más seguro que he encontrado en todas partes del mundo. Cuando llegué a la recepción recordé que me faltaba aún un día de trabajo. Otra presentación. Pero agarré mi equipaje, mis pertenencias, y me fui directo al aeropuerto. Gracias a Dios pude salir y desde entonces jamás he vuelto a México.

Los mexicanos no tuvieron la culpa. Siempre han sido considerados y amables conmigo. Les juzgo mis amigos, aunque uno de sus paisanos haya cometido semejantes atrocidades.

{ El pomo de coca }

Conocí el Perú cuando fui a Lima contratado para la inauguración de una chifa que además de comida china presentaba espectáculos. Era tiempo de garúas. Cada amanecer limeño nos sorprendía con una lluviecita tenaz y fría que llevaba a la cama a millares de limeños. Un fenómeno raro en una ciudad tan seca y polvorienta como Lima. Es una de las ciudades latinoamericanas con menos verdor. Suelo decir que es el contraste de Caracas. Las pulmonías y las bronquitis estaban a la orden del día. Como cantante debía cuidarme y así lo hice, pero también caí en la cama. Me fui a un pueblo cercano. Chosica, para recuperarme y poder actuar dignamente. Chosica tiene muy buen clima y muy bellas flores. Creo que un bello jardín es importante para la recuperación de un enfermo.

Debuté con un gran éxito y tuve suerte de conocer bellas damas que se hicieron *habituées* en mis presentaciones. Entre ellas una peruanita de facciones orientales, pues era hija de chino y de peruana. Me enamoré seriamente, pues al terminar el contrato no solo me quedé varios días con ella, sino que me había hecho el propósito de quedarme a vivir en el Perú. Pero requirieron mis servicios profesionales y tuve que dejarla. No volví a Lima sino nueve años después. Busqué a mi chinita, pero no la hallé por ninguna parte. Había regresado, esta vez

contratado por un argentino con fama de mal pagador y traca-lero. Sin embargo, se portó muy bien conmigo. Me pagó hasta el último centavo y luego me envió a conocer el país. Visité muchas ciudades, entre otras Trujillo, Chiclayo, Ilo, El Cuzco. Todo muy hermoso. Piedra sobre piedra que son la historia de nuestros antepasados aborígenes, la de la gran civilización inca. Macchu Pichu es un prodigio de arquitectura y de arte. El hormigón, el concreto armado no vale nada al lado de estas piedras monumentales.

Recuerdo a un chofer que me llevaba por la sierra sobre una carretera muy estrecha a cuyos lados había miles de cruces, seguramente recuerdos de accidentes y muertes de sus paisanos. Desde mi asiento en la parte posterior veía que cada vez que se le presentaba una cruz en una curva, la saludaba en forma militar, mientras yo solamente pensaba con aprensión que muy fácilmente podíamos desbarrancar. Temeroso como estaba, alcancé empero a preguntarle:

—Ah, compai, ¿y por qué tiene usted que saludar cada vez que ve una cruz?

A lo que el chofer peruano me respondió con esa cortesía y amabilidad andinas de las cuales carecemos en el Caribe:

—Es para venerar la memoria de los caídos.

Le repliqué que se pusiera duro con la carretera, so pena de ir a engrosar ese ejército de caídos en la sierra.

Pero no me hizo ningún caso, siguió saludando a las cruces hasta que llegamos a Ilo.

Cuando terminé el contrato, alquilé una avioneta para regresar a Lima, a pesar de que siempre le he tenido miedo a los vuelos, y mucho más en avionetas. Pero entre otra odisea por tierra como la que acababa de sufrir y un susto de poco más de una hora, opté por el susto más breve.

Al regresar a Lima me enteré de que el argentino había volado a Buenos Aires, y a pesar de que me había tratado bien, se llevó en las alas dos mil dólares de mis honorarios, de lo que aún me adeudaba.

Volví por tercera vez en los años 70, contratado por el dueño del cabaret El Chalán. Conocí entonces a muchas personas, entre otras las del Club de Discómanos Daniel Santos, que tenían la colección más completa de grabaciones del Anacobero que yo haya visto.

Conocí también a artistas de gran categoría y probé la mejor cocaína que jamás haya visto en mis largos años de bohemia. Recuerdo que alguien me regaló para mi estada limeña un pomo grande de no sé cuántos gramos de coca. Me daba banquete todos los días, pero como todo no puede ser perfecto en la vida y tenía que seguir viajando por nuevos contratos en el exterior, tomé el pomo (aún le quedaba más de la mitad), lo enganché en el *chandelier* de cobre que había en la habitación para que el próximo huésped también se diera banquete (si le gustaba, por supuesto) a mi salud. Así lo dejé escrito en el texto.

Desde entonces no he vuelto, pero siento un gran aprecio por el pueblo de Tupac Amaru, de Manco Capac y del general Juan Velasco Alvarado.

En el gran tinglado del mundo

...Cuando uno se casa con una mujer casada

1969, y ella era una fichera más de El sombrero, un cabaret panameño donde yo estaba contratado por unos días. Era bonita pero calculadora. Ella no se enamoró de mí, pero yo sí de ella. Yo era bueno para el dinero, los paseos y la aventura. Ella era, para mí, un símbolo sexual.

Al terminar el contrato me la llevé para Maracaibo, donde debía cumplir dos nuevos compromisos artísticos. ¡Era tan bonita! En uno de esos arrebatos le pedí que se casara conmigo, y ella aceptó, pero no porque me quería, sino porque estaba calculando. No sabía que había de por medio un marido peleado en su pueblo natal, Costa Rica, adonde me la llevé al terminar los contratos. Allí conocí a su familia, gente humilde y buena. No sé qué pensaron de mí después que le dije a mamá que iba a casarme con su hija. La celebración de la boda fue un juego de dominó entre sus hermanos y hermanas y su mamá y yo. Cuando íbamos en la tercera partida vi que ella desapareció. Mas casualmente por la ventana la vi a ella, a Dulce, y a un joven con quien discutía. Después supe, pues me lo dijo uno de sus hermanos, que era el otro marido.

Pensé en irme sin decir nada, pero opté por pedir permiso para ir a una tienda cercana. Como había un camino por la

parte trasera de la casa, por ese cogí cuesta abajo hasta llegar a la carretera del pueblo. Entré a una cantina y me di un par de tragos. Contraté un carro para que me llevara a San José, hice los preparativos para irme del país, advertí a la recepción del hotel que no estaría para nadie, y así no atendí las llamadas de uno de sus hermanos. Partí al día siguiente y jamás la volví a ver, ni a su familia, ni... a su marido.

...Los dos amigos

Muchas veces fui a Nicaragua y muchas veces tuve ratos alegres, hasta que un día una señora que era dueña de un lenocinio me contrató para cantar 21 veces. Creo que fue querida o esposa del fenecido compadre Julio Jaramillo. Me iba a presentar en varios teatros y tendría 21 actuaciones. Cuando casi terminaba, creo que apenas faltaban tres actuaciones, le pregunté dónde serían los últimos espectáculos. Fue cuando me sugirió que los haría en su burdel.

—Mire, señora. Yo bebo, duermo y hago muchas cosas más en los burdeles, pero mi canto es otra cosa.

Era amiga, según me dijo, de “Tacho Somoza”. Y parece que sí, pues se fue ipso facto a Palacio y le contó al dictador padre de la dinastía que me había invitado para que le cantara a él y a los jefes militares y que yo me había negado rotundamente.

Fui encarcelado en El Hormiguero. Había que dormir en establos como los caballos pobres, en condiciones infrahumanas. Allí encontré a un pobre muchacho que lloraba copiosamente porque había matado accidentalmente a su mejor amigo en una borrachera. Traté de calmarlo como pude y me contó la historia, esa historia con que escribí el bolero que titulé “Los dos amigos”.

Al día siguiente me llevaron a juicio, pero gracias a Dios llegaron unos abogados puertorriqueños que venían a estudiar

el procesamiento judicial en Nicaragua. Hablaron con el juez, que era buen amigo de Somoza, y condenaron a la honorable matrona a que me pagara los mil ochocientos dólares que me debía, aunque hasta ahora no me ha pagado un solo centavo. Pero como al fin y al cabo ya no existe Somoza, pues bien muerto fue en La Asunción, tampoco debe existir aquella señora.

...Con un babalao uno queda limpiquito

Mi padre, que en paz descansa, me enseñó que solamente existe un Dios, un solo Dios para todos, para todas las religiones, todas las razas, para el pobre y para el malo, para el bueno, para el rico, para el tunante, en fin, para todo el universo.

No recuerdo bien la fecha en que me instalé en un moderno Hotel en Pétiön-Ville, un pueblo a unos pocos metros de altura sobre el nivel del mar, en Haití. Por la carretera pasaban las mujeres que venían del campo con canastas llenas de frutas y vegetales hacia el mercado de Port-au-Prince, la capital. Allí se vende de todo, incluyendo artesanías muy bellas. Estuve cantando en un salón para personas más o menos acomodadas y también en la playa para gentes de menos recursos. Quise indagar dónde se practicaba el vudú, pero los nativos me sacaban el cuerpo y no pude saber más entonces.

Conseguí una bella negra haitiana, a quien también le pregunté por el rito. Quiso eludirme, mas al fin la convencí y convino en llevarme ante un babalao haitiano. Por doscientos dólares me hizo una limpia fantástica con paloma, tabaco, ron y un espíritu que el babalao ahuyenta a fuerza de latigazos. Los tambores repicaban en el patio de tierra mientras que el babalao me pasaba una paloma por todas las partes de mi cuerpo desnudo. Me untaba cenizas del tabaco que fumaba, me cortó

las uñas de los pies y de las manos y las envolvió en un pañuelo rojo con el cual hizo un resguardo para mí.

Por aquellos días mi situación económica no era muy buena, pero mejoró ostensiblemente después del rito. A la negra bella le gustó mucho un traje que yo llevaba puesto, de color morado, violeta, o como usted quiera llamar a ese color, y me dijo que usara siempre ese color, pues era mi aché, y todavía uso trajes de ese mismo color cuando viajo de país en país y cuando tengo que tomar los aviones. Algunos amigos se reían de mí por llevar siempre el mismo traje con el mismo color, pero yo me siento bien, y de que ayuda, ¡ayuda! Por lo demás, si se reían de Jesucristo por su vestimenta, ¿cómo no van a hacerlo de mí, tan pequeño ante Él?

...Me dispararon con una 45, y aquí estoy

Cantaba yo nuevamente en el cabaret El Sombrero, en Panamá, el 1961, en plena efervescencia de la Revolución cubana. Las bailarinas en coro terminaban una producción bailable mediante la cual anunciaban la entrada del “niño más malo del mundo”, Daniel Santos. El Inquieto Anacobero. Anuncié yo mismo lo que cantarí y empecé a cantar mi “Sierra madre”. La mayoría del público aplaudía a rabiar. Y como a mí, como artista, el aplauso o los vítores me enorgullecen ¡me entrego a la canción! Es como si la canción me tomara. Se oyeron algunas detonaciones de una pistola 45. Las balas no daban en el blanco, que era yo, sino que recorchan alrededor de mis pies. No me amilané, aunque estaba lleno de miedo, hice una señal a la orquesta para que dejara de tocar, y con gran aplomo, mas siempre con miedo, grité:

—Ese que está disparando que lo haga aquí, en pleno corazón, pues aquí no hay miedo.

La gente miró hacia atrás, y en medio de una gran conmoción, los camareros dominaban al tirador al que llevaron a la calle. Reanudé la misma canción entre atronadores aplausos. Cuando salí me contaron que el tirador era un “blanquito”, hijo de un político rico y reaccionario, que fue llevado al hospital, pues algunos de mis admiradores casi lo revientan. Por suerte no lo mataron. Me imagino quién pudo ser, pero en boca cerrada no entran moscas, así que la cuartilla de Héctor no llevará el nombre de mi frustrado homicida. Me fui a la cantina y le pedí al barman que me sirviera un trago doble. ¡Aquí no ha pasado nada!

...Aconsejo no tomar las cosas al pie de la letra

Estaba un cantante cubano de mucha fama, ya fallecido, en Venezuela, allá en 1957. Se metía unas traganteras de salsa y no creía en nada. En mí sí que creía, pues yo era casi su loquero personal. Una noche, después de terminar un set con su tribu, que así llamaba a su orquesta, llegóse hasta donde yo estaba, que, por supuesto, era la cantina, y viéndolo como se venía tan triste y no como habitualmente era, bonachón y alegre, le pregunté qué le pasaba.

—Mulato, no digas na', pero estoy cabrón...

Y casi lloraba.

—Pero, ¿qué fue lo que te pasó, chico?

—Pues que mi representante me ha tumbao ocho mil bolos así como así.

Y yo para vacilarlo le dije;

—No le hagas coco, mulato. Búscate un pedazo de tubo de agua, lo envuelves en un periódico como el que no quiere la cosa, le metes un sólido y te aseguro que te sentirás mejor.

Pero, ¡qué iba a creer yo que ese negro bruto iba a hacer lo que le dije!

Al día siguiente me llamaron de la Seguridad Nacional para decirme que mi amigo estaba preso y quería verme. Ni corto ni perezoso caminé hacia la Seguridad, le compré periódicos y cigarrillos en un kiosco.

—Compae, y ¿por qué está usted aquí?, le pregunté:

Y él me respondió:

—¡Ah, Dios caray!, y usted no me dijo que cogiera un tubo, lo envolviera y ¡paracatán!, pues así lo hice y ¡paracatán, aquí me tiene!

No sabía si reírme, llorar o gritarle:

—Pero compadre, ¡qué bruuuuuuuuuuuuuuuto!

...Noche de aquelarre fálico

En uno de mis viajes a Santo Domingo, pasaba yo frente a un señor que se lustraba los zapatos con un limpiabotas, cuando me llama por mi propio nombre diciéndome que me había reconocido por la coleta de pelo que yo llevaba como promesa que hice durante la Segunda Guerra Mundial, cuando creía que el barco de tropas podía zozobrar por las minas que aún quedaban en la Bahía de Osaka, en el Japón.

—Daniel, me dijo, quisiera que ahora cuando vas contratado a mi pueblo, La Vega, vayas a un banquete que tengo para ti.

Accedí a la invitación. Después supe que se trataba de un tipo muy excéntrico que invitaba a todos los artistas internacionales a su casa.

Llegó el día de salir hacia La Vega en una caravana de automóviles que me acompañaba y compuesta por mujeres, amigos, borrachones, borrachos y amigos que compartían conmigo siempre en mis parrandas. Cuando llegamos al pueblo había banderas y gentes a la orilla de la carretera. De pronto se oyó, a través de los parlantes, una voz que nos dijo:

—Amigas y amigos: les habla Sonsón Lara, el hombre que más sabe en Santo Domingo. Soy poeta, compositor, capitán ecuestre, mago, piloto, arquitecto, abogado, juez y también toco la clave. Y aquí estamos, je, je, je, esperando en mi hacienda al mejor cantante del mundo, el representante de la bohemia universal, ¡abran paso! Brinden sus aplausos para que él sepa que en la República Dominicana y en La Vega es el artista más querido y punto.

Entramos en la casa de la hacienda, una casa alta con un patio bastante grande con varias filas de matas de plátanos. Nos sentamos a una mesa larga y empezamos a darnos tragos. En la sala se servía una ronda para todos, pero nadie empezaba hasta que Sonsón tocaba una campanita con la mano.

Después de varias horas de tragos empezó una verdadera orgía. Las mujeres se quitaron toda la ropa. Algunos hombres se desnudaban completamente y otros sencillamente se quedaban en calzoncillos. Sonsón se puso un turbante a la india hecho de toallas que sacaba de una gran caja, donde agotadas las toallas había un virtual y extraño aprovisionamiento de falos hechos de goma, foetes, cinturones de castidad y otras cosas por el estilo. El Gran Maharajá era Sonsón Lara, y su corte eran aquellas mujeres y aquellos hombres totalmente borrachos. Sus fiestas duraban hasta tres días sin parar.

... Tres palomas en San José, y ¡hasta luego!

En 1960 tiene lugar en San José de Costa Rica la IV y la V reuniones de consulta de los cancilleres americanos, los de la OEA. Allí me hallaba yo cuando llegaron el canciller Raúl Rosa y el embajador Carlos Lechuga. Yo me hallaba grabando, pero el escándalo fue tan grande que me desentendí de los discos y vi policías por montones, y eso en un país que jacta de no tener ejército ni cuerpos represivos. Pero allí estaba todo

bicho de uña, empezando por la CIA. Cercaron la misión diplomática cubana que debía limitarse a ir a las sesiones en el Teatro Nacional y de allí a la embajada. Viendo todo esto, me dio rabia el abuso y comencé a cavilar qué hacer para ayudar a los cercados cubanos. Me di mis palos como de costumbre y viajé hasta una finca cercana donde compré tres palomas blancas. Identifiqué a cada una de ellas por medio de bandas en las patas con los nombres de Fidel Castro, Pedro Albizu Campos y Muñoz Marín. Albizu Campos, padre de mi patria herida; Fidel Castro, líder de la Revolución cubana, y Muñoz Marín el dictador, dizque democrático, que ha aherrojado a mi patria durante mis 27 años y fue el autor intelectual de los últimos sufrimientos de don Pedro, antes de dejarnos para siempre.

Burlé el cerco tendido a la Embajada cubana, cargando con mis tres palomas. Una vez a la vista de los sorprendidos agentes les hice volar una por una al grito de ¡Viva Fidel!, ¡Viva don Pedro Albizu Campos!, y ¡abajo el dictador dizque demócrata Muñoz Marín!

En medio de la confusión de las palomas, ya en el cielo, me escabullí en la noche hacia el hotel, donde dormí tranquilo. Al día siguiente, un oficial de inmigración me invitó, en nombre de su gobierno, a salir del país. Le respondí que tenía el pasaje y que me iría a Panamá. Se fue el funcionario y a las pocas horas recibí una nota de agradecimiento del señor Lechuga.

Fue así como volví a la encrucijada del mundo, donde tantas veces he estado y he cantado. Llegué directamente a El Sombrero, donde había dejado un dinerito en la caja fuerte por si regresaba más pelado que manga de chaleco.

Un gringo con ínfulas de *vedette*

Yo botaba mi dinero y después salía a buscar trabajo para seguir vacilando y pagar mis gastos. No tenía... o no quería tener responsabilidades. Ya en el cabaret ordené al mesonero que me sirviera una botella de *whisky* y que la cobrara del dinero que había dejado en la caja. Pero la cajera me informó que ya no tenía ningún dinero porque mi representante lo había gastado con las chicas del sitio en mi ausencia.

Me levanté furioso y me fui derecho a la casa de una mexicana que yo tenía en uno de los barrios de la ciudad. Tomé el cuchillo más grande y más filoso y emprendí la búsqueda de mi representante. Lo hallé por casualidad a las puertas de un cabaret y lo correteé por el salón en el mismo momento en que se presentaba un *show*. Con una velocidad de espanto salió por la puerta y subió una difícil pendiente donde todavía se encuentra el hotel El Panamá. Casi alcanzándole le mandé dos o tres puñaladas que le rozaron la camisa, pero desapareció dentro del hotel como por arte de magia.

Comencé a trabajar con otros artistas, entre ellos un gringo, en el elenco, que se llamaba Reed. Decía ser artista de Hollywood para engrupir al pueblo que se lo creía, pues las muchachas se le abalanzaban y la policía era poca para contener aquella ola humana, mientras que nadie le hacía caso al Anacobero. Daniel Santos se iba con el rabo entre las patas a la próxima cantina.

Eso es duro para un artista. Por eso yo siempre he respetado a todos mis colegas, no importa cuál sea su calidad, cuál su escalafón. Para mí todos son buenos, pues todos hacen lo que su talento les permite.

En Chile y en defensa de Cuba

Olvidaba contarles que el representante que me robó el dinero en Panamá lo hallé en el ascensor de un hotel en Santiago de Chile, donde íbamos los dos solitos. Se puso blanco, verde, colorao, rosa, gris, ceniciento, de todos los colores imaginables. Le aseguré que la rabia se me había pasado y hasta le invité a que me representara en cualquier oferta de trabajo, pero ¡eso sí!, yo haría las transacciones de dinero y le entregaría a él el 10% del ingreso, lo cual es la norma internacional.

Cuando terminó el contrato del Goyescas, por el cual yo había ido a Chile, me contrataron para El Bodegón, de mucho menor categoría, pero donde yo me sentía muy bien, hasta que un gordo comerciante (creo que le llamaban el Guatón) quiso probar mi ira. Parece que era muy anticubano, muy antifidelista, y se daba el lujo de ofender al pueblo cubano mientras que pretendía, con la anuencia del dueño, de que yo cantara mis canciones revolucionarias.

Llegó el debut y canté mis canciones y como “Sierra Maestra” es una de ellas y yo soy un hombre libre, la canté. Y como siempre termino mis presentaciones con “Despedida”, de don Pedro Flores, así lo hice aquella vez, a pocos meses de la invasión de Bahía de Cochinos. El comediante se fue directamente donde el dueño y ambos me esperaban en la oficina.

—Yo le dije a usted... me increpó el empresario.

Y yo:

—Sí, yo sé lo que usted dijo, pero usted también sabe qué puede hacer con su trabajo y su contrato. Y tú —esta vez dirigiéndome al comediante— vente que quiero hablar contigo.

Subí hacia una escalera que conducía a la calle y como venía siguiéndome, me volteé y le propiné tremendo trompón que lo hizo volar escalera abajo. Seguí mi camino y me tomé un café en el bar de la esquina. A los minutos llegó una patrulla con

el comediante quien me acusaba de haberle agredido. Cuando llegamos a la comandancia y explicado todo lo sucedido, el capitán se dirigió a mí y me dijo que me marchara. Ordenó al subalterno detener al comerciante.

¿Sería también fidelista el capitán de carabineros?

Cuba: regreso y despedida

Vinieron días difíciles para mí. En uno de ellos me llegó una carta de la madre de mi hijo Danielito⁹, diciéndome que Fidel “estaba recogiendo los niños de 13 años para entrenarlos en Rusia”, que ella no sabía qué hacer. A la primera oportunidad fui a la embajada de Cuba en solicitud de visa, me la otorgaron y en el primer avión me fui a La Habana.

Ya en Cuba, y después de cerciorarme de que mi hijo estaba bien y de que había una ola de rumores infundados, volví a mi vida de siempre: vinos y mujeres. Fue cuando, por casualidad, me tropecé con un oficial que había hecho su campaña en el oriente del país con Fidel Castro que me preguntó si yo quería hacerme cargo del Cabaret 1800 y lo acepté. Empecé a trabajar para reabrirlo y lo hice sin la ayuda de nadie. Todo quien trabajó conmigo en esa tarea fue pagado. Pero había muy poco licor y casi nada de cerveza y hasta escaseaban los vasos. Tuve que convertir en vasos viejas botellas de cerveza para poder servir a los clientes. En la televisión se veía a quienes cayeron presos en Bahía de Cochinos. Había el rumor, pero no estaba definido si el gobierno era comunista. Un día yo escribí una guaracha que relajando decía así: Si las cosas de Fidel son cosas de comunistas, que me pongan en la lista que estoy de acuerdo con él.

9 Daniel Santos, hijo, el mayor de los hijos del Anacobero, es diplomático norteamericano de carrera. Hoy en día, secretario de la Embajada de Estados Unidos en Argel, Argelia.

Yo no me imaginaba la influencia comunista, pero evidentemente fue agrandándose como una bola de nieve. Un día, estando yo en un hotel cerca de San Rafael, oí unos altoparlantes a través de los cuales se hablaba de las teorías de Marx y de Lenin, pero yo de eso no sabía, ni sé, y era, además, ingenuo, pues llamé al gerente del hotel cuando trataba de dormir una mañana después de una noche de duro trabajo para decirle que “por favor, vea si alguien va a la casa de enfrente y les dicen que bajen es bocina”. El gerente me respondió secamente:

—Baje usted y dígaselo usted mismo.

Cinco meses traté de llevar el timón del 1800, pero cada día se me hacía más difícil. Un día de esos fui al Sierra, un cabaret donde se trataban de compañeros y hacían mítines después o antes de cada día de trabajo. Yo no entendía nada de esas reuniones.

Otro día estaba yo con un viejo amigo que tenía un rastro viejo de repuestos de automóviles. Nos hallábamos jugando al dominó cuando llegó un teniente y le entregó una carta en la que se le ordenaba entregar las llaves de su negocio y salirse de allí. Más lo que le puso la tapa al pomo fue cuando una noche, saliendo yo del cabaret y tratando de cerrar la puerta, donde la llave parecía no funcionar, le di una patada a la mismísima puerta. Con la velocidad del rayo oí el rastrilleo de una metralleta y al voltear vi escondido a un miliciano que me apuntaba. Muy cortés, le pregunté por qué hacía eso. Me respondió que yo no debía patear esa puerta, a lo que le riposté que sí podía hacerlo porque ese negocio era mío.

—Está usted equivocado, me dijo, también cortésmente. Ese negocio no es suyo, ni mío, sino del Estado, que nos representa a todos.

Luego me llevó al puesto de milicia, donde el comandante corroboró sus palabras.

Al día siguiente hice los trámites para abandonar el país. So pretexto de que iba a México a hacer una grabación, me fui con mis bártulos a otra parte.

Y no regresé a Cuba porque mi información había sido otra. Yo no podía entender cómo el administrador no tiene todos los derechos, ni cómo todo el mundo tenía que hacer lo mismo.

Sin embargo, respeto lo que han hecho por el pueblo y admiro su devoción y su espíritu de sacrificio.

Aquel fue un viaje sin regreso.

Retorno a Caracas en 1965

La caída de Marcos Pérez Jiménez se produce el 23 de enero de 1958 cuando yo estaba en Cuba. Desde aquel 3 de enero de 1958 no pude volver a un país tan querido por mí y por tanta gente que aquí ha estado, hasta 1965. Fue un exilio forzado por la injusticia. Eran muchas las versiones que corrían entre el pueblo. Muchas las calumnias que se publicaron. Fui y soy inocente. Y quise probarlo hasta en la televisión.

Yo trabajaba en Curazao, en Bonaire, en Colombia, pero no podía entrar a Caracas.

Le escribí a Amador Bendayán para que consiguiera que las autoridades me hicieran un juicio por televisión, en su programa *Sábado Sensacional*. Todo fue inútil, hasta que Max Pérez, representante de artistas, consiguió que regresara en 1965. ¡Qué alegría! Se terminó mi tristeza. Pero siempre he tenido problemas con inmigración por una maldita tarjeta que no sé qué decía, hasta que también la quitaron, hace poco, gracias a Dios.

Porque Venezuela, mi querido Héctor, y no para halagarte porque sea tu patria, es una de las patrias más generosas del mundo.

En ella he cantado, he bebido, he amado. Y jamás he dejado de ser querido.

Del diccionario privado de Daniel Santos

El Inquieto Anacobero tiene su propio modo de decir las cosas, y de entenderlas. Así, por ejemplo, tiene su propio léxico, emparentado con el del hampa común latinoamericana con su pizca de lunfardo. Su manera de escribir. Su caligrafía peculiar, toda en mayúsculas, en la cual se confunde, desordenadamente, no solo los conceptos, sino también los nombres y las situaciones. De las fechas, ni hablar. Para él lo de hoy, el tiempo de hoy, es *El tiempo recobrado* de Marcel Proust. Y tenía que ser así. Llegado a sus 43 años, de los que suele ufanarse —no olvide el lector que nació en 1916—, este prometeico sujeto acusa el golpe solo cuando ha jugado todas las bases, se ha robado el *home*, ha lanzado extra *innings*, ha bateado sobre 300 durante más de cuatro décadas, y ha sido pitcher estrella, cuarto bate y novio de la madrina.

Entre sus papeles ilegibles encontré una serie de definiciones, las más incompletas. Por ello eché a un lado sus papeles y le hice la siguiente entrevista, a fin de indagar qué piensa Daniel Santos de algunos oficios y de enseres y personajes. No te olvides, le dije, que quien escribe tu vida es un periodista. Dime, pues, qué son los periodistas para Daniel Santos.

Periodistas: Mentirosos, embusteros, pretenciosos, buscapleitos y, ¿porqué no?, buenos servidores de la comunidad cuando no están al servicio de sus amos y de los gobiernos.

Como se trata de un artista, obligado por el mercado a delegar, hacerse representar para que otro haga el negocio, lo firme y lo selle, y luego, al final de la actuación, le tire algo, he aquí su definición de

Representantes: Explotadores, pillos, buscones que, haciéndose indispensables se convierten en tales porque forman parte del triángulo de la mafia; empresario-representante-artista. Y si tú quieres añade uno más y cierra el cuadrilátero: el público, que se deja engañar por los tres primeros, los del triángulo.

Y como se trata de un hombre que ha estado en la farándula por tanto tiempo, el reportero no puede menos que preguntarle por los artistas. Y él dice:

Artistas: Semidioses envanecidos que mienten a sabiendas porque así lo quieren el empresario, el representante y el público.

Y como de Daniel Santos se trata hay que saber lo que piensa, algo acerca de lo cual habla permanentemente, de

Mujeres: Materialistas, egoístas, ninfomaníacas, estúpidas y maravillosas a ratos. Solo grandes cuando son madres.

Mujeres (otras): las casadas: Infieles y simuladoras.

Mujeres (otras): las solteras: Aspirantes a casarse para hacer lo mismo que las casadas.

Como el Inquieto Anacobero es tan bueno para (Daniel Santos *dixit* en este libro) darse tragos, díganos, por favor, qué son los borrachos.

Borrachos: Impertinentes, empalagosos, fastidiosos, inoportunos y peligrosos, si portan armas y son belicosos.

Borrachos (segunda categoría): Sujetos fastidiosísimos de quienes es preciso deshacerse en el mismo bar en que uno les halla o en la próxima cantina. Este tipo es, para el Anacobero, el borracho pendejo.

Borrachos (tercera categoría): Altivo, orgulloso, pedante, prepotente, sabihondo, agresivo. Este es, para Daniel Santos, el borracho agresivo, del cual es mejor eludirse y eludirlo, so pena de que termine uno en la cárcel por legítima autodefensa.

Borrachos (cuarta categoría): Zalamero, untuoso, se da tragos para decirle a uno que no había mejor cantante en la historia que uno mismo. Te da una lata de dos horas mientras tú estás interesado en la carajita que sirve. De estos lo mejor es ignorarlos con una mirada dura, una frase hiriente o un empujón, que de ninguna manera responderá, pues es el borracho pendejo a la doble potencia.

Para las demás palabras, simplemente copié sus definiciones tajantes:

Hoteles: Ratoneras.

Aviones: Catafalcos que vuelan.

Teléfonos: Vainas para descolgar porque no te dejan dormir el guayabo.

Taxis (taxistas): Invención de Satanás en todas las ciudades para que no los puedas usar cuando llueve, cuando el tránsito está congestionado o cuando hay una balacera en la ciudad, es decir, cuando los necesitas.

Gobiernos (latinoamericanos): Los que he conocido: tipejos que fundan un partido “de redención del pueblo” que llegan al gobierno hablando pestes del imperialismo y de la oligarquía para luego servir obsecuentemente al imperialismo y a la oligarquía.

Pobreza: La que yo viví de niño en San Juan y viven más de 100 millones de niños en América Latina.

Drogas: Las que yo consumí, siguen consumiendo cada día más y las que venden traficantes y policías.

Vagancia: (Léase empleados administrativos o empleados públicos).

Bebidas (alcohólicas): Las que siempre he consumido.

Bebidas (analcólicas): Las que nunca aprendí a consumir.

Aduladores: Sujetos que pululan en los palacios de gobierno que suelen ser duros contra los débiles y débiles frente a los poderosos.

CIA (Central Inteligency Agency): Cuando yo era niño, abreviatura de la palabra Campaña. Desde Jacob Arbenz, aparato policial transnacional de Estados Unidos para desestabilizar y derrocar gobiernos democráticos y antiimperialistas y asesinar gobernantes como Salvador Allende y mi amigo Omar Torrijos, así como publicitar a todos los Muñoz Marín que ha parido esta tierra.

Había otros términos en su diccionario, pero la traducción, digo, de la caligrafía anacobera. Al final descifré dos palabras más, que las guardo para mi coleteo.

Nota: Por supuesto que no son todos. Habrá que leer con cristiana conmiseración que se trata de algunos.

{ Epilogus }

Amigo lector, amigos del Anacobero, las páginas que acabas de leer son la síntesis de una vida que en modo alguno ha sido fácil. Desde mis ya lejanos días infantiles de Trastalleres hasta los de hoy, este Anacobero le ha dado la vuelta al mundo, cumplió el servicio militar durante la Segunda Guerra Mundial, ha cantado y ha sonado en todos los rincones del Caribe. He sido, ciertamente, chulo, borracho y aficionado a las drogas, aunque jamás drogadicto. He sido un mujeriego incorregible, y no solo por mi voluntad. Para que se produzca la relación hombre-mujer, mujer-hombre, se requieren dos voluntades y dos afirmaciones.

No he sido un modelo para eso que llaman la moral y las buenas costumbres. Mas, de regreso de tantas cosas, reconozco que mi vida no debe ser el paradigma a imitar por los jóvenes. Pertenezco a otra generación, muy distinta de las nuevas que afloran en el subcontinente. Pero de una cosa sí estoy seguro: jamás he hecho mal por hacer el mal, es decir, no soy malo por naturaleza. La sociedad que me engendró, ya la han visto en estas páginas.

Ahora, cuando siento que ya no soy el de 43 años, que sigo sosteniendo con terquedad, pues aún canto para mis pueblos,

quiero decir que moriría contento si mi patria tuviera su bandera y no la que nos aplaste con sus barras y sus estrellas.

Soy un nacionalista convencido y consumado. Nacionalista y patriota latinoamericano que siente aún, en esta cabeza plateada, el suave vaivén de mis palmeras tropicales y un gustico a ron en la garganta, unas arenas tibias por el sol y un azul intenso de donde surge, casi como un milagro, una hembra de cualquiera de estas aguas y estas tierras.

Postdata para el Anacobero

Gardel en los 40. El Anacobero en los 50

No tuve conciencia del fenómeno Daniel Santos si no en los años 50. Años grises, años duros, años mostrencos en la Venezuela militar-petrolera. El Anacobero y el Pasapoga de la época fueron testimonios de una vida signada por el terror de Estado, por la persecución policial y por la modernización de un país que había estado adormilado durante la larga dictadura de Juan Vicente Gómez y que despertó en el siglo xx a los treinta y seis años de este transcurrido.

No sé por qué, pero ya Daniel había estado en mi patria y desde muchacho escolar había escuchado algunas de sus canciones más famosas. Ya en el liceo (véase la diferencia: mientras un muchacho alemán oye en el gimnasio a Bach y Beethoven, y un francés en su liceo dibuja mentalmente *l'après midi d'un phaune*, el adolescente venezolano de mi generación estuvo entre Gardel y Santos) se le tarareaba y se bailaba, en los más que modestos picoteos, al compás de la Sonora Matancera. Pero en cuanto a mí concierne, los años 40 fueron signados por el morocho, acaso porque mi madre compró una vitrola RCA donde se ponía otra cosa que discos de Gardel, ese monstruo del sur, que penetró en el ánimo colectiva de América

Latina como lo haría más tarde este Inquieto Anacobero en el Caribe.

No sé si fue Gabriel García Márquez quien aseguró, en una entrevista, que lo más original que ha dado América Latina son las rocolas con sus boleros, sus guarachas, sus congas, su música tropical. Hay que añadir a Carlos Gardel y el tango. Acaso una de las contribuciones más universales de América Latina sea *La comparsita*. Todavía lamento no haber podido realizar una investigación comunicacional con mi colega José Fernández Freites y un grupo de mis exalumnos sobre el fenómeno Carlos Gardel.

Gardel en el sur y Santos en el septentrión caribeño son dos fenómenos de la canción popular, de esos que se dan muy de cuando en cuando. Y no porque no haya otros cantantes tan buenos como ellos, algunos más que cantantes, cantautores, pero el estado de gracia, la magia que los envuelve les hace distintos.

Sí, fue en los años del Pasapoga, años 50, turbulentos, año de 1950 de la huelga petrolera nacional y del magnicidio cometido en Carlos Delgado Chalbaud, teniente-coronel y coronel postmortem, presidente de la Junta Militar de Gobierno que derrocó al presidente constitucional don Rómulo Gallegos.

Años de desesperada búsqueda en lo creativo, en lo intelectual. Para mí, años de *Las tres ventanas* (1953), de la brega clandestina, del quehacer periodístico donde se aprendía a decir cosas entre líneas, a burlar la censura, a susurrar una protesta sorda que la mayoría llevaba por dentro.

¿Por qué tengo que asociar aquellos años 50 con el Anacobero?

Por muchas razones. Son años en que veo deambular por mi mente prostitutas ingenuas en manos de los militares más cercanos al dictador. Agentes de la Seguridad Nacional, nauseabundos sabuesos policiales que cuidaban a sus amos en las pistas de baile del Pasapoga. ¿Y por qué más?

Después de las elecciones del 30 de noviembre de 1952, que ganó en buena ley Unión Republicana Democrática (URD), partido del doctor Jóvito Villalba, el Partido Comunista ordenó a su militancia salir a la calle en protesta por el golpe militar que dio Marcos Pérez Jiménez el 2 de diciembre. Los de mi célula fuimos a El Silencio. Muy cerca de mí cayó mi camarada Félix Castillo, obrero mesonero con quien militaba en la misma célula en San José. Después de la estampida fui a dar hacia El Guarataro. En una de las casas de una empinada calle estaba girando un disco con la voz de Daniel Santos.

No sé por qué, pero de la misma manera como los zapatos de dos tonos y el *palm beach*, que los caribeños españolizamos como pambiche, corresponden a los años 40, el *lamé*—que hizo furor entre las *girls* de los años 20— reaparece en los años 50 en los cabarets y en las fiestas de Caracas.

Años 50, años de dictadores aupados por un personaje siniestro de la política americana, el secretario de Estado John Foster Dulles. Entre este y su hermano Allan, el de la CIA, derrocan al presidente Jacobo Arbenz, de Guatemala, en 1954.

Pero son también los años en que comienza a fermentar la Revolución cubana. Los del asalto al Moncada y los del Granma. Son los años en que un joven argentino, médico para más señas, se une a Fidel Castro en México, con asma y tos, para cruzar el Caribe con el “ardiente profeta de la aurora”, según calificara el joven Ernesto Che Guevara al comandante expedicionario:

Vámonos,
ardiente profeta de la aurora,
por recónditos senderos inalámbricos
a liberar el verde caimán que tanto amas.

Es el canto del Che a Fidel que llegará de alguna manera a Daniel Santos en Maracay, Venezuela, por recónditos aires para inspirarle Sierra Maestra.

Y es así como un hombre de cabarets, de disipada vida, de mujeres y tragos y drogas en su momento, capta también la onda revolucionaria del subcontinente latinoamericano. Su corazón de puertorriqueño, ofendido por la planta insolente del extranjero, palpita fuertemente con aquellos muchachos de la Sierra. Y aunque, como dijo en estas páginas, no entendió la Revolución, las dificultades para su construcción en Cuba, la intuición del artista popular le mantiene al lado de las causas justas de nuestros pueblos por su liberación nacional y su liberación social.

Por eso no hay que sacar a Daniel Santos del contexto de los años 50. Yo, por lo menos, no puedo, no puedo hacerlo. Para mí está en medio de licores y hembras y ambientes semisombríos, entre clientes de dudosa condición, más cerca del vicio y de la corrupción policial que de la pureza de una canción escrita para una mujer llamada Linda. Pero está también, en medio de la hez, elevándose en su condición de artista del pueblo y de patriota que quiere rescatar a su patria del oprobio colonial.

En los más oscuros meandros de aquellos años 50 se gestó la turbulenta década de los 60 de América Latina.

Daniel Santos puede confesar, en la década de los 80, que ha vivido lo suficiente para saber del bien y del mal, y para seguir alzando su voz por todos los caminos de esta gran patria latinoamericana.

Cuando escribo ahora esta postdata a las confesiones de Daniel, me parece verlo en la Caracas de los años 50 apurando un botellón en Doña Francisquita o escanciando algún vino en La Pilarica si no pernoctando con La Gata en aquella Catia inocente todavía, en aquella Caracas bondadosa como una abuela, donde todavía se hablaba de petróleo crudo, el indultado por el presidente Medina, como un mito de la delincuencia.

Sí, los años 50 de la librería Cruz del Sur, de la revista del mismo nombre y de un pequeño restaurante amsterdamiano, de módicos precios, tan económico como para que Alberto de Paz y Mateos –quien con Juana Sujo inició el despegue del teatro venezolano– se diera el lujo de invitarnos a los más jóvenes de los escritores a almorzar con don José Bergamín.

Años 50 de el Inquieto Anacobero, que pueden significarle mucho, poco o nada, pero que sí significan mucho para el prologuista, epiloguista y confidente de un y hombre que tiene más méritos que defectos, más virtudes que vicios, más luces que sombras, este Daniel Santos, el nacido en Trastalleres, un hombre de verdad en las buenas y en las malas.

Son aquellos años 50 tan llenos de resplandores y de sombras. Es la década en que muere José Stalin y es ejecutado una noche de navidad L. Beria, el todopoderoso jefe policial. Se suicida en La Habana Eduardo Chibás, jefe del partido Ortodoxo, que lanzó la consigna de “vergüenza contra dinero”. Son los años en que Truman ordena construir la bomba *H* (la de hidrógeno), después de haber ordenado la utilización de la *A* (atómica) en Hiroshima y Nagasaki. Lord Bertrand Russell, en cambio, obtiene el premio Nobel de literatura, Rómulo Gallegos publica *La brizna de paja en el viento*; Julio Garmendia, nuestro gran cuentista, su segundo libro, *La tuna de oro*; Manuel Rojas su mejor novela, *Hijo de ladrón*; Cortázar se inicia con *Bestiario*, en tanto que Louis Aragón da a la estampa su obra *Les Communistes*.

Son los años 50 de Víctor Paz Estensoro en Bolivia, cuando el MNR tenía la última consonante de su sigla. Son los años de *Rashomon*, la película que dio a conocer en el mundo a Kurosava y que conmovió a los públicos de Europa y América. Los años en que Onetti publica *La vida breve*; Lagerkvist su *Barrabás*, que al año le hace ganar el Nobel de Literatura; nuestro Pablo Neruda da a la estampa su *Canto general*, una

de las obras maestras de la poética de todos los tiempos de la lengua castellana; Carlos Fuentes nos deleitó con *La región más transparente*; Jorge Amado con su *Gabriela, clavo y canela*, ahora en celuloide; Arguedas se lanzó por *Los ríos profundos*, mientras que moría Juan Ramón Jiménez y el ruso blanco Nabokov obtenía fama y dinero con su *Lolita*.

Son los años del conde Lampedusa, quien aleccionó con su novela *El gatopardo* a las clases dominantes, instándolas a cambiar algo para que no cambie nada.

Sin embargo, cambian muchas cosas. Nasser proclama la República de Egipto y nacionaliza el canal de Suez. La solidaridad de la URSS salva a la República y la reivindicación canalera. Alejo Carpentier, quien aún no era el monstruo de la novelística que sería en las décadas de los 60 y los 70, entregó al mundo *Los pasos perdidos*, donde se barrunta ya al gran maestro de la ficción. Camilo José Cela, después de *La familia de Pascual Duarte*, publicó *La colmena*; se suicidó en Brasil Getulio Vargas, quien legó una *Carta-Testamento* que conmovió al país-continente de América del Sur, y Fulgencio Batista da un madrugonazo en el campamento Columbia, preludio de la Revolución.

Es la década de *El deshielo*, de Ilya Ehrenburg, y del xx Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, la del lanzamiento del primer sputnik por la URSS y la de la publicación por F. Fanon de *Les damnés de la terre*, un libro que ejercerá notable influjo en distintos movimientos revolucionarios. La década en que es asesinado Anastasio Somoza –“Tacho” el viejo– y en que Alberto Moravia entregó sus excelentes *Cuentos romanos* y G. Myrdal publica *El valor en la teoría social*, tesis que encalamocó a muchos marxistas latinoamericanos.

Y en Venezuela es la década de la dictadura y sus dos últimos años el comienzo de la democracia representativa.

En el mundo, los duros años de la guerra de Corea, que se inicia en junio de 1950 y concluye con el armisticio de Pan Mun Jom. Los duros años en que Lolita Lebrón y sus compañeros se atrevieron a atentar contra Truman y el Congreso de Estados Unidos.

Aquende nuestras fronteras, don Mario Briceño-Iragorry publicaba *Alegría de la tierra, Casa León y su tiempo, El hijo de Agar y Mensaje sin destino*, mientras que Mariano Picón Salas nos deleitaba con su *Comprensión de Venezuela*, aparecida a fines de 1949, pero que realmente circuló en 1950, y con sus artículos de *El Nacional*. Otro tanto haría Arturo Uslar Pietri con su hermoso libro de viajes *El otoño en Europa* y su *Pizarrón*, del mismo nombre de su columna periodística. Mientras, Enrique Bernardo Núñez nos regalaba su *Juan Francisco de León o el levantamiento contra la Compañía Guipuzcoana* y su *Viaje al país de las máquinas*. En sus mejores y más lúcidos años.

Y es la década en que Guillermo Meneses es premiado por su magnífico cuento *La mano junto al muro*, que la fraternal mano de Alfredo Boulton habría de editar en Europa, un cuento que se desarrolla en Muchinga, un barrio como el antiguo Silencio caraqueño, de la calle de la Amargura y del callejón de Las Challotas, pero ubicado abajo, en el litoral central, en La Guaira, mas en ambos sitios también anduvo nuestro personaje, el Inquieto Anacobero, este sin par Daniel Santos, el de San Juan, a quien los habaneros creen cubano y los dominicanos aseguran que nació en Santo Domingo. Y no faltará algún despistado venezolano que lo ponga a nacer en Muchinga o en El Silencio.

HÉCTOR MUJICA

Repertorio esencial de Daniel Santos*

Primera etapa

En 1941 antes de ser reclutado para ir a pelear en la Segunda Guerra Mundial, Daniel se convirtió en un cantante muy popular con el cuarteto de Pedro Flores, quien tenía como director musical a Ramón “Moncho” Usera, responsable de los arreglos de sus primeros éxitos. En esos años, Daniel grabó con Pedro Flores para discos Decca y para la RCA Víctor, un buen número de temas que se convirtieron en clásicos de su repertorio. Entre lo más importante de sus grabaciones de esta etapa destaca:

- *Esperanza inútil* (compositor Pedro Flores)
- *Perdón* (compositor Pedro Flores)
- *Olga* (compositor Pedro Flores)
- *Borracho no vale* (compositor Pedro Flores)
- *Mayoral* (compositor Daniel Santos)
- *Despedida* (compositor Pedro Flores)
- *Margie* (compositor Pedro Flores)
- *Irresistible* (compositor Pedro Flores)
- *No llores más* (compositor Plácido Acevedo)
- *Jugando, mamá, jugando* (compositor Rafael Hernández)
- *Virgen de medianoche* (compositor Pedro Galindo)

* Este repertorio esencial de Daniel Santos, el Inquieto Anacobero, fue elaborado por Luis Ugueto, especialista en música popular venezolana de los años sesenta y autor de *Así es la vida* -biografía de Felipe Pirela-, y de *Los tiempos cambian*.

Segunda etapa

Luego de la guerra, en 1948 Daniel graba en Cuba con el Conjunto Casino, Los Jóvenes del Cayo y La Sonora Matancera. El éxito con la Sonora le dio un segundo aire y extiende su leyenda por todos los años cincuenta. De esta época lo más importante es:

Sonora Matancera

- *El corneta* (compositor Daniel Santos)
- *Carolina Caó* (Tradicional Haitiano)
- *Dos gardenias* (compositora Isolina Carrillo)
- *El tibiri tabara* (compositor Pablo Cairo)
- *Bigote de gato* (compositor Pablo Cairo)
- *Obsesión* (compositor Pedro Flores)
- *Y que mi socio* (compositor Pablo Cairo)
- *El que canta* (compositor Daniel Santos)
- *Se vende una casita* (compositor Pedro Flores)
- *Vive como yo* (compositor Pablo Cairo)
- *El sofá* (compositores Mendez/López)
- *En el juego de la vida* (compositor Mundito Medina)

Jóvenes del Cayo

- *Celos con Lola* (compositor Daniel Santos)
- *Así es la humanidad* (compositor Pascual Hernández)

Tercera etapa

En las décadas del cincuenta, sesenta y del setenta Daniel continuó grabando, no solo en Cuba, también en New York, Colombia, Venezuela, México y otros países de América para firmas grandes y pequeñas. Muchas veces volvió al estudio sobre los pasos de los éxitos de sus comienzos. Sin embargo, siempre tenía novedades que le deparaban un repunte en las carteleras radiales. En estas décadas grabó entre otras cosas:

- *Como se van las noches* (compositor Gregorio Velásquez).
Conjunto Sociedad.
- *Cautiverio* (compositor Daniel Santos).
Conjunto Sociedad.
- *Linda* (compositor Pedro Flores).
Conjunto de Estudio.
- *Ciriaco el sabroso* (compositor Daniel Santos).
Sonora Caracas.
- *Esa es la puerta* (compositor Pepe Albarrán).
Chris Sandoval.
- *Joven contra viejo* (a dúo con Héctor Lavoe).
Fania.
- *Juliana* (compositor Cuco Valoy).
Orquesta de Jhonny Pacheco.

Índice

Proloquium	11
El hijo de don Rose	15
Mayoría de edad en Puerto Rico	24
El septenio 1931-1938	29
De “La despedida” al campo de concentración	33
El Inquieto Anacobero	45
Una noche en el Casa Blanca	60
Panamá en dos etapas	67
Ecuador no solo es una línea	76
Chicago: con dos en la misma cama	82
La bronca de México	86
El pomo de coca	89

En el gran tinglado del mundo	92
Del diccionario privado de Daniel Santos	105
Epilogus	111
Postdata para el Anacobero	113
Repertorio esencial de Daniel Santos, por Luis Ugueto	121

Fundación Editorial El perro y la rana
Centro Simón Bolívar, Torre Norte,
Piso 21, El Silencio
Caracas -Venezuela 1010

www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Facebook: El perro y la rana
Twitter: @elperroylarana



Este libro se terminó de imprimir
en octubre de 2019
en la Fundación Imprenta de la Cultura
Guarenas, Venezuela.
La edición consta de 5.000 ejemplares

La mitología musical del Caribe tiene, sin duda, muchos dioses y demonios. Pero si hay un personaje que es dios y demonio a la vez ese es el Inquieto Anacobero Daniel Santos. La impronta de su huella en la rumba caribeña es inmensa. El estilo de este duende boricua fue la genuina expresión del dulce y melodramático sabor del cancionero latinocaribeño. Estas confesiones al maestro Héctor Mujica son en cierto modo un despojo ñáñigo, son una exégesis de sus andanzas. El lector que se adentre en estas confesiones quedará con un sabor de boca a ron y a bohemia disipada en las noches de bolero y guaracha. Daniel Santos no se ha ido, siempre que se abra una botella y sonría la rumba, él flotará en el rocío madrugador que guarda tantos secretos.

Héctor Mujica (Carora, estado Lara 1927-2002).

Político, escritor y periodista venezolano. Fue candidato presidencial por el Partido Comunista de Venezuela (PCV) y formador de generaciones de periodistas venezolanos en la Universidad Central de Venezuela (UCV). Entre sus libros destacan *Pez dormido* (1947); *Cuento de todos los diablos* (1958); *El imperio de la noticia* (1967) y *Sociología de la comunicación* (1980).



Gobierno Bolivariano
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la Cultura

